

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Si parla italiano



Oyó el ruido de un grifo dejando escapar gotas de agua muy seguidas. Sólo eso. Guardó la ganzúa y sacó el encendedor del bolso y la pistola del seno. Apercibió esta última en su mano derecha y con la izquierda encendió el mechero.

Un cuarto grandote, con muebles viejos. Una ventana al fondo, que debía de dar a un patio interior, completamente oscuro en aquel momento. La ventana estaba abierta y entraba una suave corriente de aire hacia la puerta; debía de filtrarse por debajo.

Apagó el encendedor y se acercó a la ventana. Se asomó cautelosamente mirando hacia arriba y hacia abajo. Grandes canalones rezumando humedad, el techo por cielo, negrura absoluta abajo…

Cerró la ventana, se volvió, y de nuevo encendió el mechero. Lo vio entonces.

El bulto. Estaba casi en el centro de la habitación, a un lado de la mesa, de tal modo que no había podido verlo desde la entrada.



Lou Carrigan

Si parla italiano

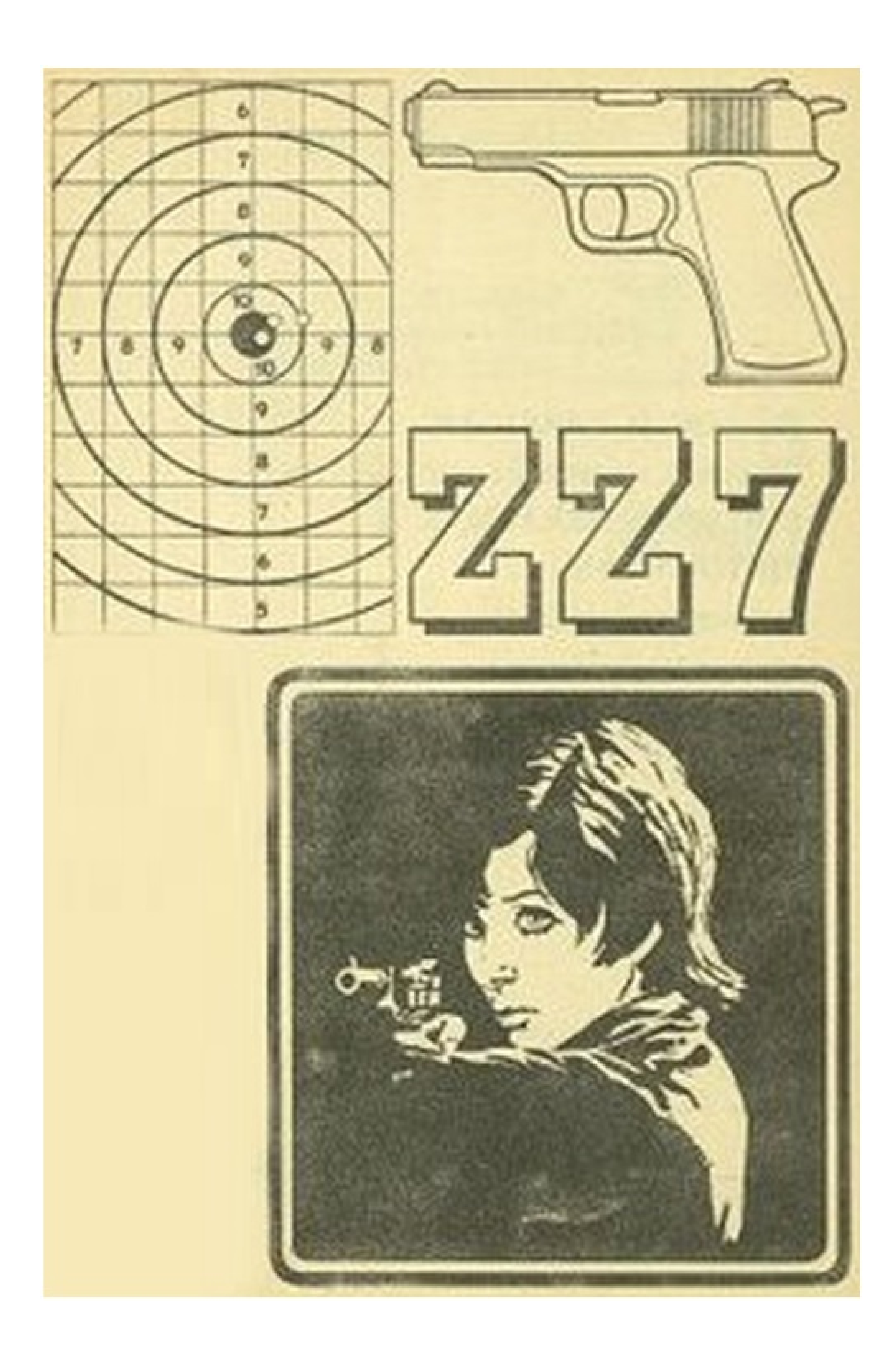
Brigitte en acción - 19

ePub r1.2
xico_weno 11.12.17

Título original: *Si parla italiano*
Lou Carrigan, 1965

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ZZ7

1. SI PARLA ITALIANO / LOS COLECCIONISTAS DE BILLETES U. S. A. / RUMBO A ROMA

Miky Grogan, director del *Morning News* de Nueva York, miró distraídamente hacia la puerta de su despacho…, y se atragantó con el humo del cigarrillo y se puso en pie de un salto.

Cuando Brigitte se detuvo ante él, mesa de por medio, el pobre Grogan todavía estaba tosiendo, congestionadísimo. Parecía que el acceso iba a durar tanto que Brigitte dio la vuelta a la mesa y le palmeó con cariñosa ironía la espalda.

—¿Se siente mal, querido jefe? —Se mostró solícita.

Luego se sentó en una punta de la mesa, encendió un cigarrillo de la caja que Grogan tenía sobre la mesa, y le tiró el humo a la cara, siempre con su encantadora sonrisa en los labios. Mientras tanto Miky Grogan permanecía pálido de admiración, fijos ahora los ojos en las piernas de la muchacha, visibles un buen trozo más arriba de las rodillas.

¡Santo Dios, aquella Brigitte…!

—Hoy le encuentro un poco indispuesto, Miky —se lamentó ella.

Grogan se dejó caer en el asiento, al fin. Y todavía, antes de hablar, admiró unos segundos a la despampanante criatura que se había presentado con un vestido que dejaba al descubierto los hombros y cuyo escote era sensacional. Además de eso Brigitte olía a… a…

—¿A qué huele usted hoy? —consiguió articular.

—Oh, bagatelas… Un nuevo envío de mi perfumista de Paris. ¿Le gusta?

—Un horror. Pero dígame: ¿a qué huele?

—No lo sé exactamente —sonrió Brigitte, pasándose un dedito por una rodilla y mirando maliciosamente a su jefe periodístico—…

Pero su nombre es *Vive!*
l’Amour
Y cuesta trescientos dólares el frasquito.

—¡Trescientos dólares en perfume! ¿Atracó un banco?

—No señor —rió ella—. Ocurre tan sólo que trabajo para el jefe más generoso del mundo. Por eso, en cuanto supe que me necesitaba, me apresuré a venir. ¿Está contento?

Miky Grogan comenzó a refunfuñar, pero la faldita de Brigitte subió un poquito más, y el hombre quedó otra vez pálido y mudo de admiración, extasiado. De modo que Brigitte tuvo que insistir:

—¿Me mandó llamar?

—Yo… Esto… Oh, sí. ¡La mandé llamar!

—Pues ya estoy aquí, amor.

—Sí, está aquí… Oh, estoy diciendo tonterías… Bueno, al grano: ¿cómo van sus lecciones de italiano?.

Brigitte le miró no poco sorprendida.

—No sabía que usted se interesase por eso.

—Pues me intereso. ¿Y bien? ¿Cómo van esas lecciones?

—*Si parla italiano!* —Se echó a reír la bellísima.

—¿De veras? ¿Ya habla italiano, Brigitte?

—Digamos que lo domino lo suficiente. Tiene cosas de español y de francés. Y, desde luego, resulta mucho más fácil que el alemán y el ruso —el tono de Brigitte se tornó suspicaz—… ¿Puedo saber a qué viene tanto interés por mis progresos idiomáticos?

—Bueno, se me ha ocurrido… que le gustaría perfeccionar sus conocimientos de italiano.

—Ciertamente. No pienso dejar de estudiarlo hasta que lo conozca tan a fondo como el ruso, alemán, español, francés…, y el inglés, por supuesto. Soy una chica estudiosa.

—He pensado que hay un medio más cómodo y fácil para que usted domine antes el italiano.

—¿Mejor que conversar con los italoamericanos del barrio latino y estudiar textos y todo eso…? ¡Estupendo! ¿Qué medio es ése?

—Pasar una temporada en Roma.

Brigitte quedó boquiabierta, estupefacta.

—Pasar una temporada en Roma —repitió como en éxtasis.

—¿No le gustaría?

—Jefe: ¿me está gastando una broma?

—De ninguna manera. Hablo muy en serio. Imagínese: Roma con todos los gastos pagados.

—Pero si eso es lo que me pasma. Porque viajar por mi cuenta no es tan fantástico, ya lo hago… ¡Pero pasar una temporada en Roma pagando usted me parece un sueño!

—¿Verdad que sí? Imagínese: el Coliseo, el Foro Romano, Via Appia, Fontana de Trevy, el Tevere… ¡Ah, Roma, ciudad de felicidad y colorido eterno, maravilla de…!

—¿Con los gastos pagados? —insistió Brigitte.

—Ya se lo he dicho. ¡Pero sea prudente! Usted es una manirrota de las buenas, así que…

—¿Qué tengo que hacer en Roma?

—Aprender el italiano.

—¿Nada más? —No cedía la incredulidad de Brigitte.

—Bueno, si envía algún artículo interesante será bien acogido, naturalmente.

—¿Eso es todo… de verdad? —Parpadeaba admirada Brigitte.

—Sí, sí, eso es todo.

—¿Y… cuando salgo?

—Cuanto antes.

La muchacha saltó de la mesa y se acercó a su jefe.

—Miky, es usted maravilloso.

Le dio un beso en la frente, apagó el cigarrillo en el cenicero, y se dirigió hacia la puerta, haciendo bailar la mirada de Miky Grogan de un lado a otro, fija en sus sensacionales caderas. Brigitte llegó a la puerta del despacho, la abrió, y se volvió para apuntar a Grogan con dedo graciosamente acusador.

—Me está engañando, viejo zorro, lo sé. Pero yo me voy a Roma. Y le aseguro que cuando le pase la factura le dará un ataque a su endurecido corazón.

—Oh, Brigitte, usted sabe que mi corazón se estremece cuando usted está cerca de él, porque si…

Pero la muchacha había salido y cerrado la puerta, de modo que, una vez más, Miky Grogan se quedó a solas con su corazón…, y con lo que éste sentía por Brigitte Montfort.

* * *

Brigitte estaba eligiendo el vestuario que llevaría a Roma cuando llamaron a la puerta de su apartamento, y fue a abrir sin dejar de cantar:

Son tres las monedas
Las monedas del amor…
Que en la Fontana de Trevy
Los enamorados…

Abrió la puerta, y la canción murió bruscamente en sus labios al ver a su visitante.

—Señor Pitzer —susurró—… ¡Qué sorpresa!

Pitzer miró, procurando controlar su expresión, la *deshabillé* de la muchacha. Se quitó el sombrero y casi sonrió.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto.

Pitzer caminaba ya hacia el dormitorio. Se detuvo en la puerta, echó un vistazo adentro y se volvió a mirar a Brigitte con cierta amable ironía.

—¿Se va de viaje?

—Nada menos que a Roma. ¿Tiene algo que oponer?

—Por el contrario: le traigo el pasaje de avión…, en clase de lujo, naturalmente. Y me he permitido reservarle una *suite* maravillosa en el hotel Tevere de la Ciudad Eterna.

Brigitte quedó inmóvil como una estatua (¡qué estatua!) a causa del asombro, mientras Pitzer, sonriendo, salía al *living*, se sentaba en la barra del minúsculo bar y se servía media pulgada de *whisky* y tres de soda en un gran vaso. Alzó éste en dirección a la muchacha, y sonrió.

—Por su éxito.

Brigitte se acercó lentamente al bar.

—¿De qué está usted hablando?

—Del éxito de su misión en Roma. Deberá ir con mucho cuidado y no confiar en nad…

—¡Un momento! ¿Qué misión es ésa?

—Una muy adecuada para usted.

—¿Sabía que yo partiría hacia Roma?

—Por supuesto, queridita. Ocurre que llamé al *Morning News* desde Washington y le pedí al señor Grogan que la preparase a

usted para el viaje a Roma y que yo vendría aquí directamente desde el aeropuerto a darle instrucciones. Además, le supliqué al señor Grogan que guardase silencio. ¿Podrá perdonarlo?

—Lo pensaré.

—Piénselo mientras va y vuelve de Roma —sonrió Pitzer—. ¿Le sirvo algo?

—Tomaré un cóctel de champán.

—Siempre tan exquisita —entornó los ojos el hombre del espionaje norteamericano—. Ah, santo cielo, espero tener el placer de cenar alguna noche con usted, Brigitte… ¿Cuándo aceptará mi invitación?

—Pronto —rió ella—. Seguramente pronto. ¿Me da el champán? Está en el refrigerador… Ahí, sí… Gracias.

—Las que a usted le sobran. ¡Hija mía, está usted como para traicionar a la patria por uno de sus besitos! ¿Preparo la cena para cuando vuelva de Roma?

—Todavía no sé si volveré —dijo ella, maliciosa—. Porque supongo que usted, que dice que traicionaría a la patria por un beso mío, me envía a Roma precisamente a jugarme mi linda piel… por la patria.

Pitzer suspiró, desalentado.

—Querida mía, su dialéctica es capaz de arrasarlo todo. Así es, espero de usted que se juegue una vez más su piel sedosa por los intereses de la nación.

—Adelante. ¿Qué está pasando?

—Uno de nuestros hombres ha pedido ayuda desde Roma.

—No me diga que la C. I. A. tiene tan sólo un hombre en Europa —se pasmó Brigitte—. ¿Tengo que ser yo quien vaya a ayudarlo, nada menos que desde Nueva York?

Pitzer carraspeó.

—Ese hombre nuestro salió hace unos días de Estados Unidos, detrás de un par de sujetos cuyas actividades eran sumamente sospechosas.

—¿Qué clase de actividades?

—Se estaban dedicando aquí, en Estados Unidos, a reunir billetes de diez mil dólares.

—Quizá serían millonarios caprichosos.

Pitzer movió negativamente la cabeza. Estaba preocupado.

—La numismática es una ciencia más o menos importante, querida niña. Incluso puede ser considerada como un *hobby* quizás un tanto divertido. No vamos a discutir eso. Pero, como ciencia, no admito que se coleccionen billetes de diez mil dólares, de curso legal y actual que, en síntesis, salvo la numeración, son idénticos. Vamos a descartar, pues, la numismática como ciencia, en lo que respecta a esos señores.

—¿Y como *hobby*? —Sonrió Brigitte.

—Sería un *hobby* carísimo, ¿no cree? Y un poco tonto. Un billete de diez mil dólares no es una estampilla de sesenta centavos, digo yo.

—Yo también lo digo —rió Brigitte—. Pero me pregunto una cosa: si tanto interés tenían por esos dos hombres que recogían billetes de diez mil dólares… ¿por qué no les preguntaron a ellos para qué los querían?

—Nos pareció más conveniente enterarnos sin que ellos se diesen cuenta. Pero se fueron hacia Roma.

—Y su agente los siguió.

—Exacto. Y nos ha pedido ayuda. Claro está que tenemos una densa red de agentes en Europa, pero no queremos que el hombre que hemos enviado desde aquí se ponga en contacto con ellos. Podría ser todo una trampa precisamente destinada a eso: a que nuestro hombre, al pedir ayuda para proseguir su investigación, delatase sin darse cuenta a varios de nuestros hombres de Europa… Estoy seguro de que usted entiende esto, Brigitte.

—Desde luego.

—Bien. Entonces todo lo que tiene que hacer es ir a Roma, ponerse en contacto con nuestro agente y preguntarle qué ocurre y qué clase de ayuda necesita. Usted será una… intermediaria entre nuestro hombre y los demás de la red de espionaje en Europa, o incluso conmigo mismo.

—Muy bonito… Usted no quiere arriesgar a sus hombres y me arriesga a mí. Si todo es una trampa, como usted dice, me van a localizar a mí.

—Estoy seguro de que sabrá actuar con su habitual inteligencia. Y a decir verdad es tal mi esperanza de que en esta ocasión no tenga dificultades que le diré incluso el nombre de nuestro agente. Se llama Young Jones, y es un muchacho inteligente y de acción

rápida… Si ha pedido ayuda es que la cosa es importante. Y está claro que Jones no ha querido comprometer a los agentes de Europa, por el momento. Podría enviarle un compañero, pero prefiero que vaya usted: llamará menos la atención.

Brigitte lo miró con picardía, suspirando profundamente, con lo que sus hermosos senos parecieron crecer, proyectarse hacia Pitzer, que soltó un gruñido de codicia.

—Como mujer nadie dejará de mirarla —refunfuñó—. Pero estoy convencido de que nadie pensará que es una espía. Y de eso se trata: discreción, queridita. Ya lo sabe de otras veces, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Supongo que acepta.

—Desde luego. Con la condición de siempre, queridito —se burló.

—Sí, ya sé… De acuerdo: podrá publicarlo todo en el *Morning News*… Todo lo publicable, se entiende.

—Okay, jefe —rió Brigitte—. ¿Cuándo salgo?

—Dentro de seis horas. Llegará a Roma hacia la tarde de mañana. Se alojará en el hotel Tevere…

—¿Por qué en ése? Hay mejores hoteles en Roma.

—Conozco ya su gusto exquisito, pequeña. Pero nuestro agente nos ha pedido que la ayuda que le enviemos se aloje en el hotel Tevere. De modo que usted irá allá, tomará posesión de su magnífica *suite* como una periodista en viaje de turismo personal con muchos deseos de aprender el italiano…

—Ya hablo italiano. No muy bien, pero…

—Usted va a aprender italiano, Brigitte —recalcó Pitzer—. Nadie tiene por qué enterarse de que ya sabe hablarlo. Su personalidad allá será la auténtica. Esto es: Brigitte Montfort, la mundialmente famosa periodista del *Morning News* de Nueva York. Una vez alojada se las arreglará para ir cuanto antes a visitar, con toda la discreción del mundo, a mi agente.

—¿Adónde tengo que ir a verlo?

—A una modesta pensión llamada Alberghe Firenze, en el número veintiséis de la Via Margutta, piso segundo, puerta dos. Se entrevista con Young Jones, toma su recado o lo que sea que él tenga para transferirle a usted, y sigue sus instrucciones. Si ambos precisan de mi consejo me llamará al número privado, a la

floristería. ¿Lo entiende?

—Perfectamente.

Para celebrarlo Pitzer se echó ahora un poco de *whisky* solo.

—Me encanta tratar con usted, Brigitte. Tiene un cerebro rápido, un gran juicio, sabe tomar decisiones rápidas sobre el propio terreno… ¿Qué hay de la cena?

—Primero tengo que volver de Roma, ¿no?

—Mi suerte es muy negra. Seguramente cenaría usted conmigo esta noche si no tuviese que marcharse. ¿Acierto?

—Es posible.

Pitzer suspiró. Era un hombre cincuentón, serio, sesudo, calmoso, ecuánime… Un auténtico lince del espionaje y contraespionaje. Pero las piernas de Brigitte no tenían nada que ver directamente con el espionaje, y Pitzer se sentía tonto y viejo cuando las miraba. ¡Y si sólo fuesen las piernas…!

Sacó un sobre y lo dejó encima del bar.

—Su pasaje y cinco mil dólares. Quizá Jones necesite dinero.

—¿Y yo no?

—Allá usted si despilfarra el dinero de los contribuyentes… Mmmm… ¿A qué huele usted?

—A *Vive!*

l'Amour

—Muy apropiado en usted. ¡Viva el amor! Ah, demonios, si yo fuese más guapo…

Se echaron a reír los dos. Pitzer recogió su sombrero y se dirigió hacia la puerta, acompañado por la muchacha. Ya abierta aquélla y Pitzer en el pasillo, se quedó mirando fijamente a Brigitte. La atrajo suavemente hacia sí, por un brazo, y la besó en la mejilla.

—Cuídese —musitó—… Si la matasen no me lo perdonaría jamás.

—¿Por lo de la cena? —Sonrió ella.

—Claro —quiso sonreír él—, por lo de la cena. Hasta la vuelta, Brigitte. Hay una foto de Jones en el sobre, lo olvidaba. Quémela.

—Esté seguro de que sí.

Cerró la puerta, acabó de preparar sus cosas, llamó al *Morning News* para decirle a Grogan que era un bellaco…

Seis horas más tarde Brigitte Montfort salía de Nueva York en un *superjet* que la llevaría raudamente a Europa.

A Roma.

Seguro que cuando volviese de allí podría decir con toda autenticidad: *si parla italiano!*

2. EL GALANTE SIGNORE SPERCOLA / ENCUENTRO CON YOUNG JONES / LA PISTA APUNTA A SAN MARINO

En el aeropuerto de Fiumicino había tomado un taxi, que la trasladó con su abundante y elegante equipaje a Roma, al hotel Tevere, en Via Ostiense, en el cruce con Via del Mare y Viale Argonauti. Delante del hotel y a la izquierda había unos hermosos jardines. Y algo más allá y enfrente, el río Tíber; el Tevere, en italiano.

En conserjería no estaba el intérprete en aquel momento, y Brigitte empezaba a pasarlo un poco apurado para hacerse entender sin delatar su dominio del italiano cuando un hombre alto y esbelto, de ojos oscuros de expresión inteligente, elegante, atractivo, se acercó allá con una amable sonrisa en los labios.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita? —preguntó en inglés. Brigitte suspiró, aliviada.

—Se lo agradeceré mucho… Reservé una *suite* desde Nueva York pero parece que hasta una cosa tan simple se tiene que decir en italiano.

El hombre sonrió cortésmente.

—¿Ha probado a decirle su nombre…? Mejor dicho, ¿por qué no se lo escribe? Eso bastará para que el muchacho comprenda que debe mirar en las reservas.

—Oh, no se me había ocurrido… Muchas gracias.

Brigitte tomó un papel con el membrete del hotel y escribió su nombre. Tendió el papel al empleado y miró con curiosidad a su amable informador, que decía algo en italiano al conserje suplente. Lo entendió muy bien, pero sabía parecer poco menos que tontita cuando la ocasión lo requería, de modo que se quedó mirando con expresión inquisitiva al hombre.

—Le he dicho que no se deje engañar por el nombre, ya que,

aunque éste sea francés, usted acaba de llegar de Nueva York.

Brigitte sonrió como sólo ella sabía hacerlo; y los clientes del hotel que había en el vestíbulo y que todavía tenían la boca abierta y los periódicos olvidados desde que ella entrara notaron cómo la sangre aceleraba la circulación en sus venas.

—Es usted realmente amable, señor.

—Oh, permítame… Me llamo Giovanni Maria Spercola. Y estoy a su completa disposición.

—De nuevo gracias. Mi nombre…

—Brigitte Montfort —sonrió Spercola—. He cometido la descortesía de leer lo que usted escribía en el papel… Espero que me perdone. De otro modo ¿qué pensarían de mí esos caballeros?

Movió elegantemente la cabeza hacia el centro del vestíbulo, donde el número de boquiabiertos admiradores había aumentado. Un cuchicheo de admiración recorría el vestíbulo.

—¡Está perdonado! —rió Brigitte.

—Menos mal —suspiró Spercola—. ¿Es usted francesa?

—Según cómo se mire.

—Ah… Bueno, creo que no entiendo…

—Soy francesa según cómo se mire, y norteamericana lo mire como lo mire. ¿Le parece demasiado sutil esto, señor Spercola?

—Creo que no. Pero… Perdone… ¿Brigitte Montfort? Creo que su nombre me resulta familiar… Estoy seguro de haberlo oído antes.

—Lo que sí es posible es que lo haya leído. Debo admitir, modestamente, que soy bastante conocida como periodista.

—¡Eso es! ¡Claro, qué despiste el mío!

—Si alguna vez va a Nueva York y precisa ayuda puede localizarme en el *Morning News*, señor Spercola. Y ahora, si me permite…

Se volvió hacia los tres botones que, cargados con su equipaje, estaban esperando para acompañarla a su *suite*.

Pero Giovanni Maria Spercola todavía dijo:

—Sería lamentable para mí que usted no aceptase ayudarme por el hecho de hablar inglés con soltura, señorita Montfort.

—Oh, es cierto, usted habla inglés… Soy un poco tonta, ¿no?

—¡Por favor, nada de eso…! Lo que yo quería decir es que… quizá podría llamarla de todos modos.

—Con gusto sería su cicerone en Nueva York, señor Spercola… Perdóneme, pero quisiera cambiarme de vestido, bañarme…

—Un agua envidiable la de su bañera, señorita Montfort.

Spercola dijo esto después de besar ligeramente la mano que Brigitte le había tendido. Ella lo estuvo mirando unos segundos intensamente, como sin darse cuenta de que él continuaba reteniéndole la mano.

Por fin, sonriendo, la retiró, muy despacio, y se volvió hacia los botones, que inmediatamente se dirigieron al ascensor. Un instante antes de que la puerta de éste se cerrase Brigitte miró hacia conserjería. Y Giovanni Maria Spercola, sonriente, efectuó una gallarda inclinación de cabeza. Era un hombre galante y ciertamente interesante, pero, por el momento, ella tenía otras cosas que hacer…

Poco después quedaba sola en la *suite*. Moderna, casi lujosa, con una amplia terraza desde la cual se veía el río y los jardines. Decían que Roma olía a sol y a flores, y parecía que era cierto. Con el ánimo alegre Brigitte fue al dormitorio, se desnudó, se miró al espejo con complacencia, y se fue al baño.

Sonó el teléfono. Descolgó el supletorio del cuarto de baño.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort? Espero no haber interrumpido su baño.

—Señor Spercola… ¿Qué desea?

—He pensado algo y me ha parecido que debía decírselo antes de que aumente mi envidia por el agua… ¿Quisiera oírlo?

—¿Qué es ello?

—Pues que no es necesario que yo vaya a Nueva York para disfrutar de su compañía.

Brigitte fingió reflexionar sobre esto unos segundos.

—Entiendo, señor Spercola.

—¿Y…?

—Lo pensaré mientras me baño —rió Brigitte—. ¿Podría disponer usted del día completo, durante unas semanas, para mí sola?

—¿No le gustan las noches?

Brigitte volvió a reír.

—¡Me encantan! —admitió—. Pero ocurre que he venido a Roma para aprender el italiano…

—De noche también se aprende.

—Lo supongo… Y quizá mejor. Lo cierto, de todos modos, es que no puedo estar más que unas pocas semanas…, y tendré que estudiar intensivamente.

—Quizá pueda arreglarlo. De momento… ¿puedo confiar en que me concederá alguna de sus noches En el buen sentido, se entiende.

—Lo pensaré. Pero puedo adelantarle que no veo nada perjudicial en empezar a practicar por las noches… el italiano. Adiós, señor Spercola.

—Adiós…

Brigitte colgó. Se bañó, se puso otro vestido, ordenó sus cosas en la *suite*, y, finalmente, sacó su pistolita de cachas de madreperla del doble fondo de la maleta pequeña. Se aseguró de que la carga estaba completa y en buenas condiciones y guardó la diminuta pero mortífera arma en el seno. Se miró críticamente al espejo, y, todo en orden y sin que la pistola se notase entre sus encantos magníficos, abandonó la *suite*.

Giovanni Maria Spercola, contra lo que Brigitte temía, no estaba en el vestíbulo cuando ella apareció allí. Pero había un montón de hombres que miraron embobados a la muchacha, y unas cuantas señoras que la miraron hoscamente. Sin mirar a nadie, pero con una dulce sonrisita en los labios y moviendo sus preciosas piernas en pasitos menudos, Brigitte abandonó el hotel.

Se hizo llamar un taxi, se metió en él, y dijo, en mal italiano:

—*Piazza Spagna*.

* * *

Como una turista cualquiera estuvo paseando por la Plaza de España romana hasta que se hizo completamente de noche. Entonces, a pie, se dirigió hacia Via Margutta, que desemboca, precisamente, en la plaza.

Entró por Via Margutta con el mismo aire de turista, mirando a todos lados con curiosidad. Por fin vio el Alberghe Firenze, exactamente en el número 26. Pasó por delante, mirando hacia dentro. Era aún más modesto de lo que había imaginado: un portal más bien oscuro, una escalera a la derecha, y a la izquierda una puerta vieja y oscura con un cartelito que decía: ALBERGHE

FIRENZE. LLAMEN, POR FAVOR.

Ella no llamó. Pasó rápidamente por delante de la puerta cerrada, llegó al segundo piso, que era a la vez el último, y echó un vistazo a la puerta que se veía en el último tramo de escaleras, y que debía de dar al tejado. Luego miró hacia abajo. El edificio era antiguo, grande, destartalado, con una gran galería volante en el primer piso, llena de rincones oscuros y con no menos de seis puertas.

En el segundo piso sólo había dos. Se preguntó qué clase de proceso arquitectónico se había seguido en la construcción de aquel edificio grande y feo.

Vio el timbre a un lado de la puerta en cuyo dintel había un dos, y lo pulsó. Oyó la llamada dentro del piso, pero nadie contestó. En un minuto de impaciente espera, llamó todavía tres veces más.

Nada. Silencio.

De pronto abajo batió una puerta. Oyó una risa de mujer y la voz bronca y maliciosa de un hombre.

Luego ambos bajaron hacia la calle, oyéndose mucho los tacones de la mujer.

Brigitte volvió a llamar, y empujó la puerta. Por fin, decidida, sacó de su bolsito una horquilla especial para ciertas ocasiones. La enderezó, le dobló la punta y la introdujo en la cerradura.

Quince segundos después conseguía vencer la cerradura, muy simple. Entró, cerró la puerta, y llamó quedamente:

—Jones… Young Jones.

Oyó el ruido de un grifo dejando escapar gotas de agua muy seguidas. Sólo eso. Guardó la ganzúa y sacó el encendedor del bolso y la pistola del seno. Apercibió esta última en su mano derecha y con la izquierda encendió el mechero.

Un cuarto grandote, con muebles viejos. Una ventana al fondo, que debía de dar a un patio interior, completamente oscuro en aquel momento. La ventana estaba abierta y entraba una suave corriente de aire hacia la puerta; debía de filtrarse por debajo.

Apagó el encendedor y se acercó a la ventana. Se asomó cautelosamente mirando hacia arriba y hacia abajo. Grandes canalones rezumando humedad, el techo por cielo, negrura absoluta abajo…

Cerró la ventana, se volvió, y de nuevo encendió el mechero. Lo

vio entonces.

El bulto. Estaba casi en el centro de la habitación, a un lado de la mesa, de tal modo que no había podido verlo desde la entrada.

Cuando se acercó allí ya sabía que el bulto era un hombre caído de bruces. Se acuclilló a su lado y se guardó la pistolita en el sitio habitual, mientras acercaba la llama del encendedor al rostro del hombre. Tuvo que agarrarlo por los cabellos y tirar hacia arriba para verle la cara.

—Young Jones —musitó, estremeciéndose.

Seguro que era él. Recordaba perfectamente el retrato que Pitzer le facilitara con la indicación de quemarlo en cuanto estuviese segura de que podría reconocer a Young Jones en cualquier circunstancia.

Trágica circunstancia aquélla.

Young Jones tenía los ojos abiertos, la boca crispada. La llamita del encendedor bailaba en sus ojos como en dos espejos. Le dio la vuelta y vio las dos manchas de sangre, ya muy extendidas, hasta el punto de formar una sola, sobre el corazón del espía al cual tenía que ayudar ella en Roma.

Demasiado tarde. Demasiado tarde para Young Jones. Le tocó un lado del cuello y lo halló todavía algo caliente. No debía de hacer mucho que había muerto. ¿Una hora? ¿Media hora, quizá? ¿Habría ocurrido todo de diferente manera si ella se hubiera dirigido directamente desde el hotel a ver a Jones?

Seguramente habría sido peor, por lo menos con vistas al cumplimiento de la misión de ella y Jones.

Cloc-cloc-cloc-cloc-cloc…, se oía.

Pero… ¿qué hacía ella ahora en Roma? ¿Por dónde empezaba para localizar a aquellos dos hombres que habían estado coleccionando billetes de diez mil dólares en Estados Unidos? ¿Qué clase de asunto era aquél?

El que fuese estaba sin duda relacionado con el espionaje, como lo probaba la muerte de Young Jones. Debían de haber notado que los seguía, que los vigilaba…, y lo habían matado a la primera oportunidad, al primer descuido del espía norteamericano. Y el hecho de que lo hubiesen hecho donde Jones se había hospedado indicaba que lo habían seguido, quizás acorralado…

Brigitte apagó el encendedor y estuvo unos segundos inclinada

sobre el cadáver, indecisa. Continuaba oyéndose el ruido del agua goteando de algún grifo.

¿Y bien? ¿Qué podía hacer?

Tras un par de minutos de reflexiones volvió el cadáver boca arriba y se dedicó a registrarlo, cuidando de no mancharse las manos de sangre. De cuando en cuando la llamita del encendedor, que había dejado en una esquina de la mesa, oscilaba.

Cloccloccloccloccloc…

El gotear de aquel grifo la estaba poniendo nerviosa.

Young Jones no llevaba documentación alguna, ni dinero, ni tabaco, ni encendedor… Lo habían registrado antes. Claro. Quien le había matado había tenido tiempo de registrarlo.

Cloccloccloc…

Brigitte se puso en pie y alargó la mano hacia el encendedor. Entonces vio algo cerca de éste, sobre la mesa. Un objeto pequeño, rectangular. Lo cogió. Era una carterita de cerillas, en cuya tapa había esta inscripción:

LIBERTAS
Locanda Pietro
San Marino

Locanda, en italiano, quería decir posada. Se deducía, pues, que Young Jones había estado en una posada cuyo propietario se llamaba Pietro, y que al parecer se hallaba en San Marino, la pequeña república independiente situada entre las provincias italianas de Forli, Pésaro y Urbino. San Marino estaba a poco más de doscientos kilómetros de Roma.

¿Qué había ido a hacer allí Young Jones?

¿O quizá la carterita no le pertenecía a él, sino a su asesino o asesinos?

Lógicamente no, ya que los espías y contraespías no suelen cometer esa clase de errores tan ingenuos. Era más lógico pensar que la carterita la había dejado allí Young Jones, incluso quizás a propósito, y que la persona que lo había matado no la había visto.

¿Le ofrecía Young Jones una pista al agente que estaba esperando de Estados Unidos para que le ayudase?

Guardó la carterita en el bolso, así como el encendedor, y se dirigió hacia la puerta, completamente a oscuras. Un cadáver no

puede llevarse de un lado a otro como una carterita de cerillas, de modo que sería mejor pedir instrucciones a Pitzer al respecto. De momento, y lamentándolo sinceramente, Brigitte no podía hacer otra cosa que dejar allí el cadáver de Young Jones. Salió al pasillo, mirando hacia ambos lados de la puerta. Todo continuaba igual, oscuro y en silencio. Había una luz abajo, en el centro del patio de grandes losas, pero apenas servía para otra cosa que convertir el lugar todavía en más lúgubre.

No siempre los espías se alojan en hoteles de lujo.

Bajó rápidamente, casi corriendo, por el largo pasillo en ángulo del primer piso, tan oscuro y lleno de rincones, y salió a la calle, deteniéndose en seco entonces y adoptando el aire de quien está dando un paseo por Via Margutta.

En Piazza Spagna encontró un taxi y se hizo llevar al hotel. Una vez allí pidió una conferencia con cierta floristería de Nueva York, dijo que contestaría desde su *suite*, y subió a esperar.

Lo que no pudo ver Brigitte fue a los dos hombres que la habían estado mirando desde la puerta del hotel.

Exactamente los mismos hombres que la habían seguido desde que saliera del Alberghe Firenze, en Via Margutta, donde había sido asesinado Young Jones.

3. CONTACTO CON LA FLORISTERÍA DE NUEVA YORK / EL GUAPO MAURIZIO / EL HOMBRE LLAMADO FANTASMA

Apenas había iniciado su timbrazo el teléfono cuando Brigitte descolgó el auricular, aplastando el cigarrillo en el cenicero de grueso cristal.

—¿Hola? —indagó.

Era la conferencia con la «floristería» de Nueva York.

—¡Diga! ¡Diga! —Exigían. Brigitte sonrió desganadamente.

—Soy yo, tío Charlie: Brigitte.

—Ah… ¿Llegaste bien, pequeña?

—Desde luego. Estoy alojada en el hotel Tevere. Había oído decir que es bueno, y aquí me vine. Ya me conoces.

—Seguro que sí. ¿Cómo van esas clases de italiano práctico?

—¡Por favor, tío Charlie, todavía no he empezado!

—Vaya… ¿A qué te dedicas, entonces?

—¡Tío Charlie, eres un desagradecido! ¡Me molestas con tus peticiones de semillas de flores romanas y ahora me preguntas a qué me dedico! ¡Lo primero que he hecho ha sido ir a buscar tu encargo!

—Increíble —rió tío Charlie—. ¿Las has conseguido?

—Pues verás… Vi las semillas: son idénticas a las que había en aquella fotografía que me enseñaste, pero…

—¡No me digas que no puedes comprarme unas cuantas!

—Es que están… estropeadas, tío Charlie. Digamos… muertas.

Hubo unos segundos de silencio al otro lado de la línea, y Brigitte se imaginó nítidamente el pálido y crispado rostro de Pitzer. Pero su voz volvió a sonar tan serena y controlada como antes.

—Es una lástima, Brigitte. ¡Me había hecho tantas ilusiones con

esas semillas…!

—Bueno, si tú quieres buscaré otras. Seguro que debes de conocer la dirección de algún otro florista en Roma.

—No… No te molestes más, déjalo.

—¡No es molestia, de veras!

—¿Tienes tú esas semillas muertas? Te parecerá una tontería, una actitud sentimental por mi parte, pero me gustaría verlas.

—Te comprendo. No las tengo, pero supongo que podría conseguirlas.

—Entonces haz una cosa: vuelve a ver a ese florista romano y te llevas unas cuantas semillas al hotel.

Tengo noticias de que un amigo mío va a regresar de Roma mañana mismo, y él pasaría a recogerlas y me las traería.

—Me parece bien. ¿Cómo se llama ese amigo?

—Simón.

—Si está ahora en Roma puedo ir a verlo.

—No, no te molestes. Le enviaré ahora mismo un telegrama urgente. Diviértete, pequeña. Continúa con lo tuyo.

—De acuerdo, tío Charlie. No sabes cuánto siento…

—Son cosas que pasan. De todos modos tú puedes seguir buscando por si acaso encuentras alguna semilla más de esa clase.

—¡Cómo no, tío Charlie! Adiós. Besitos.

—Hasta pronto, querida.

Colgaron los dos. ¡Menudo encargo le dejaba Pitzer! Tenía que continuar ella sola buscando a aquellos dos hombres que se habían dedicado a coleccionar billetes de diez mil dólares en Estados Unidos. Posiblemente todo se habría simplificado si Pitzer y sus hombres los hubiesen detenido, pero el afán de llevar tan lejos la investigación le había costado la vida a Young Jones. Eso, de momento. Alguien más caería.

Brigitte se estremeció. Y frunció el ceño al pensar en el otro encarguito: recoger el cadáver de Jones y tenerlo a disposición de un hombre que se presentaría bajo el más conveniente nombre convenido de Simón, quien se encargaría del muerto para enviarlo a Estados Unidos. Cómo y cuándo lo hiciese era algo que Brigitte ni siquiera conseguía imaginar.

Tomó el listín telefónico, buscó una casa de alquiler de coches sin conductor, y previa concesión de línea de la centralita del hotel,

no automática, pidió que le reservasen a su nombre un coche que pasaría a recoger inmediatamente. Tenía que ser un coche pequeño y oscuro. Todo acordado ya, apuntó la dirección, recogió el bolso, y abandonó de nuevo la *suite*.

Cuando llegó al vestíbulo estuvo a punto de esconderse a la espera de encontrar otra salida, pero Giovanni Maria Spercola, que estaba conversando con un apolíneo muchacho, la había visto ya, y le hacía señas perentorias. Incluso se levantó y acudió a su encuentro, mientras el atractivo joven quedaba en el mismo lugar, como a la espera.

Spercola llegó ante Brigitte y la tomó cortésmente por un brazo.

—Adorable señorita Montfort: siempre tendrá que estarle agradecida a Giovanni Maria Spercola.

Brigitte forzó una sonrisa que consiguió apariencia angelical.

—¿Por qué, señor Spercola? —se interesó.

—Tengo una agradable sorpresa para usted. Venga, voy a presentarle a la persona que usted necesita.

—¿Yo necesito una persona?

—Perdone —se desconcertó Spercola—… Entendí que quería aprender el italiano a toda prisa y bien.

—Oh, es cierto… ¡No pensaba en eso ahora!

—¿Tiene que salir? ¿La estoy importunando, quizá? Jamás me lo perdonaría a mí mismo.

—Tranquilícese, señor Spercola. Tan sólo estoy un poco confundida por su amabilidad. No, no tengo que salir… Y, efectivamente, deseo aprender el italiano con rapidez y garantías de… digamos carencia de modismos desagradables.

Spercola sonrió ampliamente, tiró con suavidad del brazo de Brigitte, y la colocó delante del muchacho apolíneo. Éste vestía un tanto a lo deportivo, pero con discreción y aceptable corrección, no una camisola cualquiera y unas zapatillas.

—Éste es Maurizio… Maurizio Alvarini. Es un chico inteligente, de su edad aproximada, y conoce a la perfección el inglés. Del italiano no hablemos… Maurizio, te presento a la señorita Montfort, de la cual te estaba hablando.

Maurizio estaba como atontado, fascinado ante la deslumbrante belleza de Brigitte. Riendo, Spercola tuvo que chascar dos dedos delante de los ojos del apuesto romano, que respingó y pareció

volver en sí.

—*Mamma mia* —musitó—… *Signore Spercola, per la mia mamma…!*

—Maurizio, la señorita Montfort no sabe ni una palabra de italiano. No seas descortés.

—Oh, lo siento… Señorita Montfort, estoy a sus pies, soy su esclavo, su galeote…

—Gracias, Maurizio —rió Brigitte, tendiéndole la mano—, pero no será necesario tanto… Sólo quiero aprender a hablar su idioma, *mio caro*, eso es todo.

—*Mio caro!* —Exclamó Maurizio—. ¡La señorita ha dicho *mio caro*!

Brigitte miró a Spercola como alarmada.

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—¡Por el contrario! —Rió el elegante italiano—. ¡A Maurizio le ha encantado que lo haya llamado «querido»!

—¿Eso he dicho? —Sonrió Brigitte—. Bueno, es una palabra que he oído tantas veces en el cine…

Maurizio se acercó un poco más.

—Por favor, señorita, no se disculpe. Y yo… Bueno, francamente, no me disgustaría que continuara llamándome *mio cano*.

—Bueno, bueno —refunfuñó jovialmente Spercola—, creo que como presentación es suficiente, Maurizio.

La señorita Montfort no va a necesitarte esta noche: ya tiene un profesor nocturno de italiano.

—*Va bene!* —Rió Maurizio—. ¿Quiere que venga a por usted mañana temprano, señorita Montfort?

—No demasiado temprano —indicó Spercola—. La señorita Montfort va a trasnochar un poco…

Suponiendo que acepte mi invitación para acompañarme como pareja a la fiesta que dan esta noche unos amigos míos, en su residencia de Villa Borghese.

Brigitte pensó rápidamente. Lo que más le convenía era aceptar. Y tanto más le convenía hacerlo con agrado y sin vacilaciones, como haría la persona que no tiene otra cosa que hacer más que divertirse aprendiendo un idioma. En cambio, si alegaba ocupaciones que, desde luego, no podría explicar, era posible que

alguien sacase conclusiones peligrosas sobre su presencia en Roma, y precisamente en aquel hotel, en el cual había indicado Young Jones a Pitzer que debía alojarse la persona que enviase a Roma para ayudarle.

—Por supuesto que acepto, señor Spercola. En verdad me pregunto qué habría sido de mí en Roma sin usted.

—No faltaría quien se ofreciese para todo… Por ejemplo, Maurizio se resistía en principio a ser su acompañante durante su estancia en Roma, pero apenas verla a usted se olvidó de todo. Ya lo ha visto usted misma: ni siquiera le ha dicho cuál es su tarifa.

—¿Su tarifa?

Maurizio pareció enrojecer un poco, pero Spercola se apresuró a arreglar discretamente la situación.

—Entienda que Maurizio vive de esto, señorita Montfort. Es un muchacho culto, educado, tiene ambiciones literarias… ¿No es cierto que estás escribiendo un libro, Maurizio?

—Así es, señor Spercola.

Brigitte sonrió tan encantadoramente que pareció que el muchacho fuese a desmayarse o poco menos.

—Entonces… ¡casi somos colegas, Maurizio! Yo soy periodista, del *Morning News*, de Nueva York.

—Lo sé —admitió Maurizio—. Precisamente al decirme eso el señor Spercola fue cuando me la imaginé… Bueno, digamos muy diferente.

—Eres muy amable, Maurizio. ¿Cuál es tu tarifa?

De nuevo pareció enrojecer el muchacho, y tuvo que ser Spercola quien aclarase la situación.

—Naturalmente Maurizio podría tener un empleo bueno en Roma, señorita Montfort; pero ello le impediría disponer del tiempo necesario para dedicarse a escribir. Entonces Maurizio ha decidido utilizar su cultura en una ocupación más libre, más cosmopolita, más… productiva. Conoce toda Roma a la perfección, y puede acompañarla por toda Italia, incluso, si usted, lo desea. Su tarifa oscila alrededor de los diez dólares diarios. Ah, tiene un coche, claro está. Un Siata 750. No es gran cosa, pero créame que vale la pena tratar con Maurizio.

—Entonces ¡aceptado! —Brigitte tendió de nuevo su mano—. Hasta mañana, Maurizio.

—Gracias, señorita Montfort… Estaré aquí a las diez. *Va bene?*

—*Va bene!* —rió Brigitte.

Maurizio salió del hotel, y Spercola señaló hacia el bar.

—¿Tomaría un martini, señorita Montfort?

—Pues… Bueno, creí que me había invitado usted a una fiesta, señor Spercola.

—Giovanni… Solamente Giovanni para usted. Es cierto, está invitada.

—Entonces será mejor que vaya a vestirme de modo adecuado… ¿Puedo disponer de una hora?

—¡Una hora! —Se lamentó Spercola—. ¡No podré resistir tanto tiempo sin verla, señorita Montfort!

—Brigitte… Solamente Brigitte…, para usted, Giovanni. ¿Está seguro de que no podrá resistir una hora sin verme?

—Lo intentaré —sonrió el italiano—. ¿Le parece bien que la espere en el bar?

—Perfecto. Hasta dentro de una hora, pues.

Brigitte se dirigió al ascensor, y subió al piso en que estaba su *suite*. Inmediatamente descendió de nuevo por el montacargas de servicio, situado discretamente al fondo del pasillo. Abajo, en las dependencias del servicio, los empleados del hotel se quedaron mirando boquiabiertos a Brigitte, quien, con el aire de quien se ha equivocado de modo lamentable y tonto de ascensor, se apresuró a salir de allí directa a la calle. Tomó un taxi, se hizo llevar a la casa donde había alquilado un coche por teléfono, y se hizo cargo de él.

Treinta y cinco minutos más tarde entraba con el coche en el destartalado edificio número veintiséis de Via Margutta. Metió el coche hacia una punta del gran patio, se apeó y subió rápidamente las escaleras.

Todo seguía igual: oscuro, silencioso, lúgubre…

Llegó a la puerta del piso donde yacía muerto Young Jones, sacó la misma horquilla de antes, la introdujo en la cerradura, y giró el pestillo de muelle. Empujó la puerta, muy despacio, tras sacar la pistolita de entre los senos. Estuvo unos segundos inmóvil, escuchando.

Nada.

El más completo silencio.

Parecía que todo seguía igual allí dentro, de modo que guardó la

pistola, entró…, y de pronto se dio cuenta de que no todo seguía igual allí.

No.

Ya no se oía el clocclocclос de las gotas de agua cayendo de aquel grifo mal cerrado o estropeado.

Brigitte se estremeció al comprender que había entrado con excesiva precipitación en el piso, dando por sentado que ya no se visita a los muertos.

Y estuvo a punto de lanzar un alarido de espanto cuando una mano se posó rudamente sobre uno de sus senos y la empezó a atraer hacia atrás, mientras otra mano se deslizaba por su cintura… Lo que hizo no fue gritar, sino golpear con su codo derecho hacia atrás, calculando el lugar donde debía de estar la cara del hombre que la estaba sujetando, y que ahora corregía su error y, tras quitar la mano de sobre el seno de la muchacha, buscaba la boca para taparla.

Pero el codazo de Brigitte debió de alcanzar un punto doloroso, porque el hombre la soltó inmediatamente, gruñendo. Casi enseguida Brigitte oyó la respiración de otro hombre acercándose a donde estaban ella y el primero, que la había soltado un instante.

Brigitte corrió hacia la puerta y empezó a abrirla. Una mano se apoyó en la madera, y en su rostro recibió el golpe de un aliento pesado. Una mano grande y fuerte procedente de la penumbra se acercó a su cara. Brigitte sacó rápidamente su pistola y disparó hacia donde había oído el rumor de la respiración.

El estampido no fue demasiado fuerte; seguramente nadie de los que viviesen en aquel edificio lo oiría bien, y mucho menos le haría caso alguno. Pero la bala debió de acertar en algún punto importante, porque la mano que impedía que Brigitte abriese la puerta desapareció, y la muchacha pudo acabar de abrirla y salir como una exhalación al pasillo. Oyó dos golpes en la madera de la puerta, y se volvió, mientras bajaba frenéticamente hacia el oscuro primer piso. Vio los dos agujeros astillados en la madera y comprendió que le habían disparado con pistola provista de silenciador. Habían querido atraparla viva, pero, desde luego, la preferían muerta a que escapase de ellos.

Después de los dos disparos, y cuando Brigitte estaba llegando ya al primer piso, la puerta de Young Jones se abrió, y enseguida

oyó las pisadas de dos hombres que se lanzaban en su persecución. Miró hacia arriba, pero no vio nada. Solamente las sólidas pisadas le indicaban que la estaban persiguiendo.

De pronto una mano tapó su boca por completo, con fuerza invencible, y un brazo rodeó su cintura. La fuerza de su nuevo antagonista era tal que se notó por completo inmovilizada del torso y la cabeza. Pero no de la mano.

Mas, cuando la volvía hacia atrás para disparar de cualquier manera contra su aprehensor, aquella voz susurrante y cálida sonó junto a su oído:

—Es un placer volver a verla, Brigitte.

La sorpresa paralizó a la muchacha.

Pero no a los dos hombres, que bajaban a toda prisa, ni al que la tenía abrazada ahora. Éste fue mucho más rápido que los otros dos. Tiró de Brigitte hacia atrás, ya sin resistencia por parte de ella, que supo que acababan de entrar en un piso de aquel descansillo. Por la puerta todavía entreabierta vio aparecer a sus dos perseguidores en el final del tramo que llevaba al segundo piso. Cada uno de ellos empuñaba una pistola, y el que iba más atrás crispaba una mano en el costado izquierdo, donde seguramente había acertado la bala disparada por Brigitte. Fue una visión brevísima, porque el hombre que la sujetaba ahora cerró silenciosa y rápidamente la puerta. Afuera se oyeron las pisadas de los dos hombres, corriendo en la oscuridad mal paliada por la única bombilla de abajo.

—¿Me ha reconocido, Brigitte? —susurró de nuevo aquella voz.

Ella asintió con la cabeza, e inmediatamente la mano dejó de taparle la boca.

—Señor Fantasma… —alentó Brigitte.

—Ssst… Veamos qué hacen sus «amigos».

La puerta se abrió media pulgada, y Brigitte pudo oír, abajo, las voces contenidas de los dos hombres y el ruido de las portezuelas del coche que había alquilado. La estaban buscando con ganas, desde luego.

—No la encontrarán aquí —rió quedamente el hombre que la había ayudado—. Y yo estoy muy satisfecho de haber sido tan oportuno. ¿Cómo está, Brigitte?

Ella no pudo evitar sonreír. Allá tenía a John Pearson, el hombre del M. I. 5 británico, Míster Ghost, o Señor Fantasma, como ella le

llamaba.

—Estoy muy bien, Fantasma.

Notó los brazos del espía británico en torno a su cintura, y se dejó abrazar, siempre sonriendo. Es más: alzó los brazos, todavía con la pistolita en la mano derecha, y rodeó cálidamente con ellos el cuello de John Pearson. Notó en el suyo los labios del inglés, y ladeó la cabeza ofreciendo más libremente su fina piel al beso. Luego los labios de Pearson fueron descendiendo hasta encontrar los de Brigitte Montfort, que correspondió al beso cumplidamente.

Un beso largo, profundo, mientras abajo se oían todavía las pisadas, y, casi enseguida, ascendían de nuevo.

Cuando los dos hombres desconocidos pasaron ante la puerta Brigitte y Pearson todavía estaban besándose. Por fin, sin aliento, Brigitte interrumpió el beso y suspiró.

—No ha cambiado nada, Brigitte —rió quedamente el británico.

—Ni usted, Fantasma —sonrió ella en la oscuridad—… ¿Qué está haciendo aquí?

—Lo mismo que usted.

—¿Lo mismo que yo? ¿Y qué es ello?

—Trabajar. Meter las narices allá donde podemos oler algo interesante.

—Yo no estoy en Roma para trabajar.

Pearson rió incrédulamente.

—Esperemos a ver qué hacen sus «amigos» del piso de arriba… Todavía pueden llegar a la conclusión de que usted no ha tenido tiempo de salir a la calle, de desaparecer… En ese caso quizá se decidiesen a buscarla por este piso. ¿Tiene ganas de pelea?

—No. Es decir, no me conviene… por ahora.

—Entonces guardemos silencio. Y escuchemos.

No tardaron mucho en volver a oír a los dos hombres, descendiendo de nuevo. Las pisadas se oyeron al otro lado de la puerta, luego en la escalera, y, finalmente, ya muy tenues, en el pasillo.

Pearson salió del piso y se asomó al patio interior, ocultándose tras una de las gruesas columnas. Vio salir a los dos hombres, y regresó al piso donde esperaba Brigitte. Se acercó a la muchacha, la tomó por la cintura, y la besó en los labios.

—Espero que algún día nos encontremos en condiciones más…

cómodas y propicias para nuestras…, relaciones personales —murmuró.

¿Quién sabe? —Sonrió Brigitte—. Pero, mientras tanto, querido Fantasma… ¿qué tal si aclaramos un poco las cosas?

4. DESAPARICIÓN DE UN CADÁVER / REFLEXIONES DE UN FANTASMA / EL FOGOSO TEMPERAMENTO ITALIANO

—¿Qué es lo que hay que aclarar? —preguntó Pearson.

—Su presencia aquí, de momento.

—Yo podría tener lar mismas exigencias con respecto a usted.

—Es cierto… Pero no lo tome como una exigencia, Fantasma. Tan sólo como una súplica… amistosa. ¿Qué hace aquí?

—Estaba siguiendo a un hombre.

—¿Su nombre?

—No pude enterarme. Lo mataron antes.

—Se está refiriendo, naturalmente, al hombre que mataron en el piso de arriba.

—Así es.

—Era compañero mío. Tenía que ponerme en contacto con él aquí, en Roma, en esta pensión o lo que sea… Pero cuando llegué a visitarlo ya estaba muerto. Y ahora debo arreglármelas para llevarme el cadáver.

—No está.

—¿Qué dice?

—Que el cadáver ya no está en el piso de arriba.

—¿Dónde está, entonces?

Pearson encogió los hombros. Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Brigitte, que aceptó y se sentó a su lado, inquiriendo:

—¿No sabe dónde está el cadáver?

—No.

Brigitte estuvo fumando pensativa unos segundos, antes de mirar directamente a los ojos de Pearson.

—¿Por qué seguía usted a mi compañero? —indagó.

—Sería largo de contar… Ya sabe lo que ocurre en estos casos:

se empieza a seguir a un león y cuando uno se da cuenta está detrás de la pista de una ancianita que se dedica a hacer ganchillo. Pistas que se cruzan, cambios de residencia, viajes, disfraces, trucos de mil clases, desapariciones…

—¿Me cree tonta?

—No, ni mucho menos.

—Entonces dígame exactamente por qué seguía a mi compañero.

—Lo vi merodeando por cierto lugar donde había hombres que a mí me interesaban.

—¿Qué clase de hombres?

—Bueno, cuando un hombre busca hombres la respuesta es bien sencilla.

—Debe de serlo para usted, pero yo no lo entiendo.

—Debilidades humanas —pareció disculparse Pearson—. No espero que me comprenda, sólo que me tolere.

—Por el amor de Dios…, ¿de qué está usted hablando? ¿Pretende hacerme creer que buscaba hombres homosexuales?

—Cada cual tiene sus debilidades y traumas.

—O sea, que ahora me sale con que usted es homosexual.

—Algo se ha de ser en la vida.

—John: ¿se está tomando todo esto a broma?

—Digamos que la vida de un espía ya es lo suficientemente seria como para además convertirla en una tragedia.

—De acuerdo. Y digamos que me ha hecho mucha gracia su broma referida a su increíble homosexualidad. Muy gracioso, de veras. Pero ahora hablemos completamente en serio. ¿Qué clase de hombres le interesaban a usted y que al mismo tiempo le interesaban a mi compañero?

—Espías rusos.

—Eso es otra cosa —exclamó Brigitte—… ¿A qué se dedican esos espías?

—No he podido averiguarlo todavía. Por eso cuando vi a su compañero cerca de ellos lo seguí, pensando que quizás habría alguna conexión que me aclarase las cosas. Alquilé este piso y me he dedicado a vigilarlo.

—¿No vio cuándo lo mataron, ni quién lo hizo?

—No. Supongo que fueron esos dos… Lo más lamentable de todo esto es que cuando ocurrieron esas cosas yo estaba realizando

otras… gestiones.

—¿Quiere decir que dejó de vigilar a mi compañero?

—A veces hay cosas más urgentes.

—¿Por ejemplo?

—Cosas —sonrió Pearson—… Recuerde que mis respuestas son exclusivamente amabilidad extraordinaria, Brigitte. No estoy obligado a decirle todo lo que sé.

—¿Ni siquiera va a decirme por qué está vigilando a esos dos espías rusos?

—Para saber lo que traman.

—Oh, a eso me refería… ¿No sabe de qué va el asunto?

—No. ¿Y usted?

—Es posible.

—¿No quiere decirme lo que sabe?

—No, porque sé que usted está enterado de más cosas que yo.

—Es posible —devolvió la frase Pearson, riendo.

—Está bien, ya veremos quién ríe el último… Adiós.

Brigitte se puso en pie, pero Pearson la retuvo sujetándola por la muñeca.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé… Tenía que entrevistarme con mi compañero, y lo han matado. Tenía que recoger su cadáver, y ha desaparecido… De verdad que no sé qué hacer. Supongo que lo mejor es que vuelva a mi hotel y pida instrucciones por teléfono.

—¿En qué hotel está?

—Adivínelo.

—Oh, vamos, no sea niña… ¡Claro está qué puedo enterarme de cuál es el hotel en el que está alojada!

—Es cierto, así que voy a ahorrarle trabajo: hotel Tevere.

—¿Por qué en ése? —Había fruncido el ceño Pearson—. Me consta que sus gustos son más…, exigentes, por no decir refinados.

—Tengo mis razones para estar en el Tevere.

—Entiendo… Bien, en tal caso será mejor que regrese allí y pida esas instrucciones. ¿Tiene enlace en Roma, quizás en el mismo hotel?

—No.

Pearson achicó los ojos.

—¿Quiere hacerme creer que está sola, trabajando aislada, en

una ciudad como Roma?

—Sí.

—¿Está loca? —Gruñó desabridamente el británico—. Un hombre solo ya las pasa mal en el ambiente de espionaje de Roma, ya ha visto lo que le ha ocurrido a su compañero… ¡Y usted se queda en Roma sola y tan tranquila!

—Recibiré ayuda oportunamente.

—¡Oportunamente! ¿A qué llama usted oportunamente? ¿A lo que le ha ocurrido a su compañero?.

Brigitte se mordió los labios. Luego murmuró:

—Debo irme.

—Está bien. Creo que no la volveré a ver viva, pero si su deseo es marcharse hágalo.

—Agradezco sus buenas intenciones hacia mí, pero tengo prisa. Y no llore por mí: volverá a verme… viva.

Brigitte se dirigió hacia la puerta, y desde allí envió un beso al hombre del M. I. 5, sonriendo. Apagó la luz, salió y cerró, dejando a John Pearson a oscuras y solo…, pero sonriendo burlonamente.

«Ah, Brigitte, Brigitte —pensó el británico—…, eres endemoniadamente lista y astuta, pero… yo no soy precisamente un imbécil».

Se asomó a la puerta y luego por detrás de una columna, y vio salir a Brigitte a pie, a toda prisa, mirando a todos lados. Luego regresó a su piso, cerró la puerta, y, sin encender la luz, fue hacia el dormitorio, se arrodilló junto a la vieja cama cubierta con una colcha deshilachada, y metió la mano debajo.

Comenzó a tirar suavemente de lo que había bajo la cama. Primero apareció una mano, luego el brazo… Por fin el cadáver de Young Jones apareció completamente de debajo de la cama. Pearson sólo veía, a la pálida luz de las estrellas que entraba por la ventana, el contorno de aquel rostro de facciones enérgicas, crispadas ahora. Dos puntos de tono azul frío, lívido, brillaban en las pupilas de Young Jones.

—¿De modo que eras compañero de Brigitte? —Susurró Pearson, cerrándole los ojos—. Está bien, muchacho, has tenido mala suerte, pero a mí me gustaría saber qué hacías en Roma detrás de esos dos tipos de la M. V. D. (*Iniciales de Ministerstvo Vnutrennikh Dgel, es decir, Ministerio del Interior, uno de los organismos del espionaje*

soviético)

Se sentó en el suelo junto al cadáver, reflexionando profundamente.

¿Le había mentido Brigitte? Seguramente sólo lo necesario… Y ahora que ella se había dejado ver, ahora que él sabía que la encantadora Brigitte Montfort estaba en Roma, podía sumar perfectamente dos y dos, una suma harto fácil, pero que hasta poco antes le había tenido perplejo.

Algo más de dos horas antes, mientras permanecía vigilando la entrada al edificio y las idas y venidas del compañero de Brigitte, había visto subir a dos hombres al piso del hombre que ahora yacía muerto.

Luego esos dos mismos hombres habían bajado y se habían marchado.

* * *

Pensando, con mucha lógica, que quizá se quedasen por los alrededores del edificio, John Pearson había decidido subir al piso del hombre que él vigilaba por su acercamiento a los espías soviéticos. Y lo hizo de modo especial: escaló la pared del patio interior y atisbó por la ventana. Vio caído en el suelo a aquel hombre, abrió la ventana, entró… No había encontrado nada importante sobre el cadáver. Y cuando se disponía a registrar también el piso sonó el timbre de la puerta. Inmediatamente él se había apresurado a salir por la ventana, hacia el tejado, utilizando el gran canalón de desagüe, por el cual era facilísimo subir.

Cuando, media hora después, se decidió a regresar a su piso recién alquilado en aquel enorme y feo edificio, tuvo que pasar de nuevo por delante de la ventana…, y entonces no había nadie allí. Entró de nuevo, pasó una sábana retorcida por las axilas del cadáver, ató dos sábanas a la primera, y se dispuso a descolgarlo para luego introducirlo en su piso.

Y cuando estaba haciendo esto notó el olor a perfume, y tuvo que comprender que una mujer había estado allí. Una mujer era la que había llamado a la puerta… ¿Brigitte? ¿Había sido Brigitte?

—Claro que sí —musitó—. Vino aquí, vio el cadáver de su compañero y regresó al hotel a pedir instrucciones por teléfono. Le

dieron orden de que recogiese el cadáver, y vino a buscarlo… Pero esos dos hombres llegaron antes que ella. ¿Por qué volvieron? ¿Qué podían esperar ya de un cadáver? ¡Claro…!

Cuando Brigitte salió de aquí debieron de seguirla… Estaban esperando afuera, supieron que ella había venido a ver a su compañero, y, por tanto, la siguieron. Querían saber adónde iba, qué hacía… Una vez se enteraron de que Brigitte está alojada en el hotel Tevere decidieron regresar a esperarla aquí: su compañero había muerto, pero ella, cuando la atrapasen, les diría todo lo que ellos quisieran. Y por eso volvieron a esperarla aquí: sabían que ella, o algún otro amigo de ella y del muerto, vendrían a por el cadáver…

Sí.

Parecía lógico.

Pero allí estaba él, con el cadáver. Eso debía de haber sorprendido no poco a los dos agentes de la M. V. D.: mientras ellos seguían a Brigitte el cadáver desaparecía. Pero decidían esperar a la muchacha. Y si no hubiese estado él allí…

Lo cierto era que, fatalmente, aquellos dos hombres sabían dónde encontrar a Brigitte. Ellos debían de creer que el cadáver se lo había llevado otro compañero de la espía americana, de modo que se las arreglarían para vigilar a Brigitte hasta que ella diese un paso en falso, descubriendo a varios agentes más de la C. I. A. en Roma.

Pero Brigitte había dicho que estaba sola… ¿Ciertamente la dejarían que se las arreglase como pudiera ella sola?

«Tendré que ayudarla… Y al mismo tiempo me enteraré de lo que está haciendo en Roma y por qué su compañero rondaba a los dos de la M. V. D. y qué se proponen exactamente éstos con tanto movimiento como hay en Roma estos días»…

John Pearson se puso en pie, examinó su pistola, y la escondió bajo el negro jersey.

Asunto decidido: ayudaría a Brigitte…, y aprovecharía la ocasión para poner al corriente al Intelligence Service británico de lo que estaba ocurriendo en Roma. Porque, con toda seguridad, algo estaban tramando los espías rusos en la capital itálica. Algo gordo, además.

Miró el cadáver y sonrió socarronamente.

¿Por qué no darle una sorpresa a la encantadora Brigitte?

* * *

Brigitte se arreglaba rápidamente ante el espejo del tocador. Lo que cualquier mujer haría en no menos de una hora ella tenía que hacerlo en menos de cinco minutos.

Iría con Spercola a la fiesta. ¿Por qué no? ¿Acaso podía hacer otra cosa? Si llamaba otra vez a Pitzer a Nueva York y se ponían de nuevo a hablar de flores y de semillas hasta un tonto entendería, si oía la conversación, que la cosa tenía doble fondo. No se llama así como así de Roma a Nueva York dos veces al día para pedir instrucciones sobre unas semillas «muertas» y luego decir que las semillas en cuestión han desaparecido.

No convenía llamar. Lo mejor era esperar a que el hombre llamado «Simón» se presentase a recoger el cadáver, y ponerlo entonces el corriente de lo sucedido. Sin duda Simón debía de ser uno de los agentes de Roma, y podría tomar decisiones con más aplomo que ella.

De modo que iría a la fiesta…, como si nada hubiera ocurrido.

Más… ¿qué papel jugaba Giovanni Maria Spercola en aquel asunto? ¿El que parecía…, esto es, un hombre galante y adinerado que gustaba de las mujeres hermosas? ¿Un estafador? ¿Un conquistador… profesional? ¿Un… espía?

Brigitte se quedó mirándose al espejo con el ceño fruncido.

¿Y bien? ¿Por qué no? Spercola podía ser cualquier cosa. ¿Acaso ella misma, que parecía un angelito, no era una espía capaz de matar a un hombre si era necesario? También cabía preguntarse por qué Young Jones había indicado a Pitzer que el agente que le enviase se alojase en el hotel Tevere… ¿Era todo una coincidencia?

Estaba a punto de ponerse el collar de perlas cuando sonó la llamada a la puerta de la *suite*. Miró su relojito y comprobó que había pasado más de una hora desde que se despidiera de Spercola. Debía de ser él, seguramente.

¿O sería Simón?

Fue a abrir, con el collar en una mano y la pistola en la otra, escondida el arma en un pliegue de su vestido de noche. No quería más sorpresas desagradables.

Era Spercola. La miró estupefacto, presa de la más genuina admiración. Brigitte se echó a reír.

—¿Se ha impacientado, Giovanni?

—Pues… ¡Oh, Dios…!

—¿No quiere pasar? —rió de nuevo la divina espía.

—¡Encantado!

Brigitte se apartó, y el italiano entró en la *suite* verdaderamente encantado. Cerró la puerta, miró a Brigitte inmerso en su pasmo admirativo, y, por fin, evidentemente haciendo un esfuerzo, reaccionó y miró su reloj.

—Estaba en verdad impaciente…, pero tengo motivo: ¿sabe que hace casi hora y media que nos despedimos?

—¡Cielos! ¡No!

—Empezarán la fiesta sin nosotros, no se preocupe —sonrió el atractivo italiano—. Además, parece que ya está lista, ¿no es cierto?

—Si me pone el collar lo estaré, en efecto. ¿Será tan amable?

—La amable es usted, por permitirme este pequeño placer.

Ella le tendió el collar, entornando los ojos, sonrientes sus dulces labios sonrosados.

—¿Pequeño? —susurró.

—He sido terriblemente descortés…, y hasta tonto. Realmente cabe esperar que se convierta en un placer grandísimo. Bueno, todo depende de cómo se mire.

—Es cierto. De todos modos, Giovanni, aunque el placer no sea excesivamente grande para usted… ¿querrá ponerme el collar? Me temo que seremos los últimos en llegar a su fiesta.

Giovanni Maria Spercola pasó a espaldas de Brigitte y colocó el collar en su cuello. Cerró el broche, pero cuando Brigitte iba a volverse el italiano puso sus manos sobre los hombros tentadores de tacto cremoso y fresco, descubiertos completamente sobre el elegante vestido de noche. Y seguidamente Spercola se inclinó hasta que sus labios llegaron a la piel femenina, justo en la base del cuello, por la espalda. Desde allí se deslizaron primero hacia un hombro, luego hacia el otro, luego hacia la nuca…

Brigitte se estremeció visiblemente, y después se volvió, despacio, brillantes los ojos. Las manos de Giovanni Maria Spercola la sujetaban ahora por el esbeltísimo talle.

Ella se le quedó mirando fijamente, en silencio. Miró la viril

boca, la firme mandíbula, los inteligentes y hermosos ojos masculinos…

Spercola la atrajo, y se inclino hasta conseguir que su boca se posara en el delicioso escote de Brigitte, depositando allá un beso vigoroso, fuerte, abrasador. El perfume de carne femenina, la tersa delicadeza de aquella carne, piel dorada, la fragancia total de la mujer, se le subió a la cabeza al italiano, que persistió en sus besos en el escote de Brigitte, intentando bajar el corpiño del vestido con la boca… Por un momento, atisbó un pezón increíblemente bello, como luminiscente, de un tono rosado tan hermoso que parecía talmente que dentro hubiera una luz resplandeciente. Un pezón ni grande ni pequeño, perfecto, tierno y sólido a la vez, vivo, enhiesto, palpitante de vida y hermosura…

Definitivamente Spercola perdió la cabeza, y se lanzó más que a besar a intentar morder aquel pezón maravilloso como nada había visto antes en su vida.

Brigitte le apartó entonces, y él, ya lanzado, la atrajo rudamente y quiso besarla en la boca.

Su beso, como una llamarada, fue a chisporrotear en la piel del cuello de Brigitte, que tuvo que poner por fin su mano en el pecho masculino y empujar con fuerza y decisión. No dijo nada, sólo empujó, pero Spercola tuvo que comprender.

Se irguió entonces, lívido el rostro, y jadeó:

—Me temo… que me he precipitado un poco.

Brigitte sonrió casi cariñosamente.

—Vamos a llegar tan tarde a la fiesta que algunas personas se preguntarán…

—No me importa lo que nadie se pregunte, Brigitte. Y en mi opinión la fiesta puede… esperar.

—Tal como usted mismo ha dicho, Giovanni, creo que sí, que se está… precipitando un poco.

Él la soltó por fin, esbozando una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Debe de ser cosa del temperamento italiano. Pero también sabemos esperar. Sobre todo cuando esa espera promete no ser demasiado… prolongada.

—¿Quién sabe? —Sonrió sugestivamente Brigitte—. Y ahora, por favor, espere aquí. Vuelvo enseguida.

Regresó al dormitorio, cerró la puerta y fue adonde había dejado su pequeño tocador portátil, del cual sacó un rollo de esparadrapo. Cortó dos tiras de unos quince centímetros de largo, se subió la falda del vestido, y pegó ambas tiras a la carne; colocó la pistola junto a ellas y pegó los otros extremos de modo que el arma quedó sujeta al muslo. Dejó caer la falda y fue a mirarse al espejo.

¿Quién iba a desconfiar de aquella linda y dulce muñequita de expresión inocente y dulces ojos azules? Se puso un poco de perfume en los lóbulos de las orejas y salió del dormitorio.

—¿Nos vamos?

Spercola parecía defraudado, pero, evidentemente, era un caballero con gran dominio de sí mismo.

—Cuando usted guste, por supuesto. Tengo el coche abajo…

5. LA CONDESA DE BONAVENTO / UN ALFA ROMEO Y UN PORSCHE / EL MAGNÍFICO SEÑOR BARACCA

Giovanni Maria Spercola tenía un flamante Alfa Romeo que parecía devorar los kilómetros a pesar del intenso y enredado tráfico de la Ciudad Eterna.

Via Ostiense arriba pasaron por delante de Piazzale Ostiense. Luego, ya convertida la vía anterior en Viale Aventino, y poco después en la San Gregorio, pasaron por delante del Coliseo. Por Via di Fori Imperial vieron la Piazza dil Popolo, y, desde allí, por el Pincio y finalmente por Viale Washington, llegaron a Villa Borghese, hasta detenerse delante de una bella quinta profusamente iluminada.

La entrada era imponente, con grandes verjas de hierro forjado. Spercola introdujo el coche en la villa con la seguridad de quien sabe que está pisando terreno firme, conocido.

Dejaron el coche junto a muchos más que había bajo unos pinos altos y de copa anchísima, como Brigitte no los había visto jamás. La casa propiamente dicha estaba muy cerca.

Y poco después Brigitte conocía a la condesa de Bonavento, su anfitriona. Una mujer morena, de grandes ojos oscuros y busto generoso, pero todavía bien modelado. Su piel era muy blanca, fina, delicada… Tres hombres de mediana edad, correctos y gallardos en sus esmóquines, parecían escoltarla con sus galanterías de un lado a otro.

—¿Quiénes son? —preguntó Brigitte a Spercola.

—Creo que se les llama «cazadotes».

—Oh, vamos, Giovanni… La condesa es muy hermosa, pero no me parece que esté en la edad de ser considerada una niña a la cual se haya dotado de unos cuantos millones cuando se case.

—Más o menos está usted siendo exacta, pero ocurre que la condesa es viuda. Y su difunto esposo, el conde de Bonavento, tuvo la buena idea de dejarle una fortuna que, según malas lenguas, se aproxima a los quinientos millones de liras.

—¿Es una broma?

—Le aseguro que no.

Brigitte quedó silenciosa unos segundos, estudiando desde lejos a la magnífica condesa de Bonavento, que sonreía a todos sus invitados.

—Es una espléndida mujer —musitó.

—Efectivamente. Su único defecto consiste en esos quinientos millones de liras.

Brigitte se echó a reír.

—¡No me diga que desprecia el dinero, Giovanni!

—Me encanta el dinero. He querido decir que si la condesa de Bonavento vuelve a casarse jamás sabrá si realmente tiene amor… o ha comprado servicios sexuales.

—Entiendo… Bueno, quinientos millones de liras es mucho dinero. ¿No ha pensado usted en probar fortuna?

Giovanni Maria Spercola sonrió despectivamente.

—Eso se queda para algunos cuantos desgraciados.

—¿Desgraciados? ¿Se refiere a los que escoltan a la condesa?

—Naturalmente.

—Bien… En todo caso es posible que uno de esos… desgraciados lo mire a usted mañana mismo por encima del hombro.

—¡Lo dudo! —Rió Spercola—. No me gusta alardear de nada, pero créame que no es dinero lo que necesito.

—Oh… Magnífico, querido Giovanni… ¿Le sobran unos cuantos millones de liras?

—Los suficientes para comprar yo, no para ser comprado.

—Ya veo… ¿Le parece que tomemos un cóctel?

—Sus deseos son órdenes para mí.

—Giovanni…

—¿Sí?

La muchacha miró atentamente la expresión de los ojos del italiano mientras decía:

—Olvídese de comprar.

—¿Cómo? Perdone, no la entiendo…

—A mí no me sobra ningún millón de nada…, pero tampoco estoy dispuesta a vender nada.

—No he querido decir…

—Así lo supongo. Doy o no doy; pero no vendo.

—Brigitte, le ruego… Usted no puede haber pensado que yo estaba insinuándole a usted que podía… comprarla.

—Mi cóctel —sonrió deliciosamente Brigitte— deberá ser de champán, con un chorrito de martini y dos gotas de limón. Espero no parecerle extravagante.

—Usted tiene derecho a ser tan extravagante como quiera. Con permiso…

Spercola fue a por los cócteles, mientras Brigitte quedaba sola junto a la balaustrada que daba al inmenso jardín de la villa.

Había un gajito delgadísimo de luna y muchas estrellas. Septiembre es un mes delicioso en Roma…, excepto para los que viven en el mundo del espionaje.

Para ésos ningún mes ningún día ninguna hora o lugar es lo suficientemente bueno o saludable. Dentro de la casa y por los jardines los elegantes personajes que habían acudido a la fiesta de la condesa de Bonavento bebían, charlaban y reían, en pequeños grupos. Desde el fondo del gran salón llegaba música, pero era sólo un complemento más al gratísimo ambiente. No se le hacía caso, pero se hubiera notado su ausencia.

Los opulentos senos de algunas señoras y los bien cincelados bustos de muchas jovencitas brillaban casi escandalosamente repletos de piedras preciosas de todas clases: perlas, diademas en las bien peinadas cabezas…

Los caballeros resultaban elegantes en su mayor parte. De cuando en cuando, Brigitte veía alguna calva o algún vientre excesivamente voluminoso, pero eso era corriente en cualquier reunión mundana.

Spercola, con una copa en cada mano, estaba conversando con dos muchachas jóvenes que le miraban con expresión maliciosa y reían sus comentarios.

Cuando regresó junto a ella todavía sonreía.

—¿Algo divertido? —Sonrió también Brigitte.

—Regular. Parece ser que está llamando usted la atención.

Brigitte pareció consternada.

—Oh… Espero no haberle dejado en ridículo, Giovanni.

—¡En ridículo! —Protestó Spercola—. ¿Qué quiere usted decir?

—Quizá esperaban que usted se presentase a esta fiesta con una pareja más… ¿cómo diría yo?… elegante, mundana, hermosa…

Giovanni Maria Spercola se echó a reír de buena gana.

—*Mia cara Brigitte…!* Sepa que sólo estoy recibiendo envidiosas felicitaciones por mi pareja… Es usted la mujer más hermosa de la reunión, sin duda alguna.

—¿Qué otras palabras podrían esperarse de un caballero como usted, Giovanni?

—¡Le estoy diciendo la verdad! —Volvió a reír Spercola—. Y si usted se decide a tomar la copa ahora que todos nos están mirando seré, definitivamente, el hombre más envidiado de la fiesta.

Brigitte miró con simpática malicia a su alrededor. Luego, fijó sus ojos en los de Spercola, tomó la copa de la mano de éste y bebió un sorbito.

—Está besando la copa, Brigitte —musitó Spercola.

—Sólo estoy bebiendo…

—De todos modos, un beso siempre es agradable.

—¿Incluso a una copa?

—¿Por qué no? Tanto puede agradar un cristal helado como… unos labios ardientes.

—Si le gustan ambas cosas todo irá bien.

Spercola bebió también un sorbo de cóctel, sin dejar de mirar a Brigitte, que, en verdad, lucía como ninguna otra mujer. Tenía lo que a la mayoría de ellas les faltaba: el aspecto, la mirada cálida de una mujer que todavía cree en el amor.

—¿Le apetece bailar? —ofreció Spercola.

—Lo haré por no desairar a los músicos.

Fueron al salón, riendo. Spercola la abrazó codiciosamente, y estuvieron bailando ininterrumpidamente durante un cuarto de hora por lo menos.

—¿Quiere beber algo más?

—Cualquier cosa con hielo —aceptó Brigitte.

Spercola la acompañó a la terraza y se dirigió luego de nuevo al bar. Brigitte lo siguió con la mirada, y, por el camino, vio detenerse al italiano y cambiar unas rápidas palabras con otro hombre también elegante y atractivo, pero de menor estatura que Spercola.

Éste continuó hacia el bar, y allá Brigitte vio a otro personaje, al cual había mirado con cierta curiosidad en veces anteriores durante el baile.

Debía de tener cincuenta años, era más bien grueso, alto, fuerte, saludable, semicalvo, de ojos negros y vivos, ardientes, que parecían ver todo cuanto ocurría a su alrededor. Llevaba un fajín con una bonita borla, lo que le hizo pensar que sería diplomático o algo por el estilo.

Pero lo que realmente le llamó la atención de aquel hombre fue la mirada que cambió en aquel momento con Spercola. Una mirada rápida, significativa, y que sin duda sólo ella había observado o, por lo menos, tenido en cuenta. Aunque, realmente… ¿valía la pena tener en cuenta semejante cosa?

Spercola regresó con dos copas más. Estaba tan alegre y agradable como antes. Nada en él había cambiado. Y Brigitte llegó a la conclusión de que ser espía internacional puede llegar a ocasionar visiones y sospechas que luego estallan como pompas de jabón.

—Iré a dejar las copas… No veo por aquí a ningún camarero.

—Está bien.

Spercola se fue hacia el bar. Brigitte lo siguió con la mirada, atentamente, hasta que por fin hizo un gesto de fastidio. ¿Tenía que estar siempre tan en tensión, tan alerta?

Se volvió de espaldas al salón y sacó un cigarrillo de la diminuta pitillera de oro y brillantes que formaba parte de su pulsera.

Cuando ya lo había terminado, Giovanni Maria Spercola todavía no había vuelto.

¿Qué ocurría allí? Entró en el salón, buscando con la mirada al hombre que la había invitado a la fiesta. Tras un par de vueltas por el salón y el jardín se convenció de que el italiano no estaba por allí…

¿Cómo era eso posible? ¿Dónde estaba?

Se dirigió al bar. Allá estaba todavía el hombre del fajín, con su media calva reluciente y sus ojos negros atentos a todos mientras conversaba precisamente con la condesa de Bonavento, que sonreía cortésmente, en verdad hermosa.

Brigitte se acercó al servicio de bar procurando quedar junto ellos, y pidió otro cóctel. Por un instante notó la negra mirada del

hombre del fajín fija de modo inexorable en ella, en sus desnudos hombros, en sus brazos, en su cuello…

Estaba bebiendo ya el cóctel cuando la condesa reparó en su cercana presencia. Miró alrededor de la muchacha y alzó las cejas en un gesto de extrañeza.

—Señorita Montfort…, ¿la han abandonado?.

Brigitte sonrió.

—Por lo menos no consiguen encontrarme. ¿Han visto ustedes al señor Spercola?

—No… Lo traeré de una oreja. Esto es imperdonable. ¿Conoce al señor Baracca?

Brigitte pudo ver en aquel momento con toda claridad las palabras que había en el fajín del hombre semicalvo: San Marino. Y tuvo que recurrir a toda su serenidad para contestar, con una protocolaria sonrisa en los labios:

—No… Me temo que no.

—Les presentaré. Señorita Montfort, periodista del *Morning News* de Nueva York… El señor Renato Baracca, Capitán Regente del Gran Consejo de la República de San Marino… Y ahora creo que voy a dedicarme a localizar al señor Spercola.

Se alejó de allí, mientras Renato Baracca besaba la mano de Brigitte.

—¿Habla usted inglés, señor Baracca?

—¿Quién no habla inglés en nuestros días? —Sonrió el hombre —. Este idioma se ha convertido en… digamos en un auxiliar de todos los idiomas del mundo. ¿Se está divirtiendo?

—No sabría opinar sobre eso. Entiendo que he sido olvidada como… como una copa.

Renato Baracca se echó a reír.

—Si me lo permite supliré la ausencia del señor Spercola.

—¿Lo conoce usted?

—Mmm… Más o menos, como a otras personas de las que asisten a las fiestas de la condesa. Tengo entendido que es un hombre interesante, inteligente… ¿Amigo antiguo?

—Oh, no… En realidad… Bueno, se va usted a reír, señor Baracca: he conocido hoy mismo a Giovanni… al señor Spercola, quiero decir.

—Entiendo… La invitaría a bailar, señorita Montfort, pero me

temo que ni mi físico ni mi edad corresponderían a mis buenos deseos.

Ahora fue Brigitte quien rió.

—También me gusta conversar —dijo—. Perdone si la pregunta le parece tonta, pero… ¿es usted alguien importante en San Marino?

Baracca la miró con cierta ironía.

—Señorita Montfort, ¿acepta mi invitación?

—¿Cuál invitación?

—Podemos salir al jardín, con una copa cada uno, y charlar. Le aseguro que me he estado aburriendo hasta ahora… ¿De veras soportaría mi charla?

—Soy capaz de soportar cualquier cosa —volvió a reír Brigitte.

—Por lo menos espero distraerla hasta que Spercola reaparezca. ¿Acepta, de veras?

—Con gusto…, de veras.

—Entonces vayamos al jardín.

* * *

Giovanni Maria Spercola había abandonado la quinta minutos antes, hacia el aparcamiento interior de la hermosa residencia. Se metió en su Alfa Romeo con toda naturalidad y lo puso en marcha atrás. Salió de entre otros dos coches y luego enfiló el suyo hacia la salida.

Todavía estaba en los terrenos de la quinta cuando un hombre vestido enteramente de negro se dejó ver un instante por entre la vegetación, corriendo también hacia la salida. Cuando llegó allí el Alfa Romeo estaba lejos. Pero el hombre corrió hacia un magnífico Porsche, se metió dentro a toda prisa, y salió disparado.

Localizó y alcanzó al Alfa Romeo en el cruce de Viale Washington y Via Flaminia, justo bajo el arco central de Piazza dil Popolo. Las luces de la ciudad iluminaban con reflejos breves y de colores cambiantes los rostros de los dos hombres.

El del Alfa Romeo: Giovanni Maria Spercola. El del magnífico Porsche: John Pearson, alias Fantasma.

Los dos coches cruzaron por el centro, o sea, por las vías más amplias y cómodas, toda la ciudad. Y finalmente, el Porsche

siempre tras del Alfa Romeo, salían de Roma hacia el Sur, por Via dil Mare. Poco después los dos coches rodaban a toda velocidad por la autopista que une Roma con la famosa playa de Lido di Ostia.

* * *

Renato Baracca señaló uno de los bancos de piedra del jardín, junto a la salida de la terraza.

—¿Le parece bien aquí?

—Desde luego.

Baracca esperó a que Brigitte se hubiera sentado. Luego lo hizo él, y se quedó mirando a la muchacha.

—¿Cuál es su interés por San Marino? —preguntó de pronto.

—Señor Baracca: mi interés es por usted. Solamente le he preguntado si era usted alguien importante en San Marino por esa curiosidad siempre latente del buen periodista. De todos modos reconozca que San Marino no es precisamente un lugar… famoso.

—Sé que es sólo una modesta república. Por lo tanto yo también soy una persona modesta. Dudo que San Marino o yo resultemos de interés periodístico.

—¿Por qué? Le aseguro que es sorprendente el interés que despiertan, a veces las cosas pequeñas. No se debe confundir el tamaño con la importancia, señor Baracca.

—Es usted muy gentil.

—Solamente sincera. ¿Usted considera que no habría gente en el mundo que estaría encantada de conocer San Marino, su forma de vida, su política, su arte…? ¿O lo que está usted manifestando es falsa modestia, señor Baracca? Además, como buena periodista, siento predilección precisamente por las cosas o gentes de las cuales no se habla mucho.

—No sé si entiendo bien lo que quiere decir.

—Quiero decir que tengo la seguridad de que sería muy interesante un reportaje sobre San Marino.

—¿Y quiere que yo la informe al respecto?

—Ése podría ser el principio, teniendo en cuenta que su país está sólo a doscientos kilómetros de Roma.

Renato Baracca miró con manifiesta simpatía a Brigitte.

—Será usted siempre bien recibida en San Marino, señorita

Montfort. ¿Qué quiere saber de mi país? Es pequeño, no demasiado rico… Pero somos el estado más antiguo de Europa. Hay quien intenta discutirnos eso, pero es absolutamente cierto. Como República fue fundada en mil doscientos noventa y uno, pero San Marino empezó a existir ya en el año trescientos cincuenta… ¿Sabía usted eso?

—Seguramente lo supe en un tiempo —sonrió Brigitte—, pero he olvidado ya mucha geografía e historia, señor Baracca. Además hoy la historia de los pueblos es absolutamente contemporánea. Resulta difícil hablar de un país basándose en los conocimientos que de él se adquirieron diez o tan sólo cinco años atrás.

—De San Marino es fácil hablar. Como le decía, la cosa empezó en el año trescientos cincuenta, cuando un cantero dálmata llamado Marino se retiró a vivir como un anacoreta en el Monte Titán. Construyó una especie de ermita para vivir allí definitivamente, pero no pudo estar solo. No demasiado tiempo, al menos. Poco a poco en torno a su ermita se fue formando un núcleo de personas que terminaron por organizar una comunidad religiosa. Más adelante esta comunidad religiosa construyó un castillo, y más adelante todavía fue creciendo una pequeña ciudad que acabó por convertirse en república… ¿La aburro?

—De ninguna manera. Siga, se lo suplico.

Naturalmente que Brigitte no se aburría.

Estaba hablando con un personaje importante de la República de San Marino, y… ¿acaso no había encontrado en el piso dónde habían asesinado a Young Jones una carterita de cerillas que parecía probar que Jones había estado en San Marino, o, al menos, tenido contacto con alguien que estuvo allí?

—En el siglo XII tuvo San Marino sus primeros Estatutos y sus Cónsules. Pero seguían dependiendo del monasterio formado en torno a la ermita del cantero dálmata llamado Marino. Hasta que un día nació la Asamblea Popular, es decir, el medio de gobierno por la voluntad y disposiciones del propio pueblo. Es lo que nosotros llamamos el *Arrengo*. Actualmente existe un Gran Consejo de sesenta miembros y dos Capitanes Regentes…

—De los cuales usted es uno.

—Uno y único de momento, debido a un accidente que costó la vida al otro.

—Oh. Vaya, lo siento.

—Eso se solucionará. Bien, esto es todo, si añadimos que tenemos cuatro Congresos…, lo que se suele llamar ministerios. Son los de Enseñanza, Arte Militar, Economía, y Leyes.

—Es curioso su modo de expresarse… ¿Realmente considera que hay algo de arte en lo militar, señor Baracca?

—Me parece que tampoco la entiendo ahora.

—Dejémoslo. Entiendo que usted es ahora una especie de… jefe de Estado con respecto a San Marino.

—Así es. Veo que ha entendido nuestro sistema de gobierno.

—Usted lo ha explicado muy bien. Pero, señor Baracca, también me interesa el ambiente de San Marino, sus costumbres… Digamos que quisiera verlo desde un punto de vista más humano, menos político o protocolario.

—Comprendo. Y si usted está dispuesta a continuar charlando conmigo tendré muchísimo gusto en informarla de todo.

—Le escucho atentamente —sonrió Brigitte—. Y ojalá Giovanni tarde bastante en localizarme…

6. CINCUENTA MILLONES DE DÓLARES / LUCHA EN EL YATE / SÓLO UN POCO DE SANGRE

El Alfa Romeo se detuvo en Lido di Ostia, cerca de la orilla del mar, como a unos trescientos metros del embarcadero. A prudente distancia se detuvo el Porsche. Del Alfa Romeo se apeó Giovanni Maria Spercola y se dirigió hacia el embarcadero, fumando un cigarrillo. John Pearson lo siguió, ocultándose en la sombra de los árboles del paseo, buscando en todo momento lugares no iluminados. El agente del M. I. 5 estaba seguro de que andaba tras la buena pista…, mientras Brigitte, hábilmente engañada por aquel hombre del Alfa Romeo, perdía su tiempo en una elegante fiesta.

Este pensamiento ocasionó una irónica sonrisa en los labios de Pearson. *All right*: las chicas bonitas a divertirse en bonitas fiestas y los hombres a trabajar. Cada uno a lo suyo. Al parecer la suerte y el olfato de Brigitte como espía iban a terminar con aquel caso. Le mataban a su compañero en Roma y ella se dedicaba a divertirse…

Spercola llegó al embarcadero y se aproximó al borde. Una vez allí tiró el cigarrillo al agua y sacó otro del paquete; se lo colocó en los labios y se dedicó a encenderlo, con muy poca habilidad, por cierto, ya que tuvo que aplicarle la llama por tres veces, como si las dos anteriores no hubiesen bastado para prenderlo.

Pero John Pearson volvió a sonreír irónicamente, sin perder de vista a su presa. Aquello era una señal, obviamente. Quizás hubiese engañado a Brigitte, pero no a él. Diez minutos más tarde un pequeño yate aparecía de la oscuridad del mar, acercándose al embarcadero. Un pequeño bote fue arriado y llevado hacia el embarcadero a golpe de remo por un solo hombre. El bote se detuvo delante mismo de Spercola, que saltó a él.

—¿Están todos? —preguntó.

—Sí.
—Date prisa. Tengo que volver cuanto antes a Roma.
El hombre del bote manejó los remos con fuerza, colocando el bote junto al yate en pocos segundos. Luego los dos subieron a bordo por la escalerilla de cuerda. Otro hombre les estaba esperando junto a la borda.
—Bien venido, camarada Ivan Molkova.
Spercola sonrió, replicando:
—Bien hallado, camarada Posarian. ¿Está todo en orden por aquí?
—Sin novedad. Todo va bien.
—¿Y el dinero?
—Gurief y Bonarof te están esperando abajo con él.
—¿Se consiguió todo, por fin?
—Sí. Vamos abajo. Tú también, Ylinov.
Los tres hombres fueron hacia las portezuelas que daban a las cabinas. Posarian fue el primero en bajar, seguido de Spercola y por último de Ylinov. Cuando llegaron abajo, dos hombres que se hallaban sentados en el diminutos salón-bar del yate se pusieron en pie.
Spercola los saludó con sendos movimientos de cabeza, murmurando:
—Bonarof… Gurief…
—Hola, Ivan.
—Veamos ese dinero.
Gurief colocó sobre la pequeña mesita en la que había bebidas una cartera de piel, con seco golpe.
—Cincuenta millones de dólares en billetes de diez mil. Fáciles de manejar, perfectamente transportables a cualquier lugar…, incluida Suiza. Con esto terminan dos años de duro trabajo para Bonarof y para mí, y para muchos enlaces nuestros, especialmente de los destinados en Estados Unidos.
Spercola abrió la cartera. Cinco mil billetes de diez mil dólares, distribuidos en prietos fajos de quinientos billetes cada fajo. Cincuenta millones de dólares.
—Buen trabajo.
—Que tú tienes que acabar, Ivan.
—Lo acabaré. Y será esta misma noche. Karavitch está herido,

de modo que tendremos que precipitar los últimos arreglos.

Los cuatro rusos que había allí con Spercola se miraron.

—¿Karavitch está herido? —farfulló Posarian.

—Lo hirió una mujer. Se llama Brigitte Montfort y es corresponsal del *Morning News* de Nueva York. Ella llegó esta misma tarde para ponerse en contacto con un hombre llamado Young Jones, agente de la C. I. A., que había seguido hasta Roma a Karavitch y Likof desde Washington.

—¿Dónde está ahora esa mujer?

—Bajo control —sonrió Spercola—. Ella debe de estar pensando que me he perdido por el jardín, y mientras me busca alguien la estará vigilando. Pero sé muy bien que ella me esperará allí. No puede arriesgarse a perder el contacto conmigo.

—¿Sospecha de ti?

Spercola encogió los hombros.

—No lo sé. Pero ella es inteligente, y nunca se sabe…

—¿Cómo te encontró?

—No me «encontró». Llegó de Nueva York al hotel Tevere, donde ya tenía reservada una *suite*.

Naturalmente debemos pensar que fue ese Young Jones quien señaló ese hotel. Debía de estar siguiendo también por Roma a Likof y Karavitch, y cuando vio que ellos entraban en el Tevere sacó conclusiones y pidió que le enviasen ayuda a ese hotel, para que el compañero que le enviasen vigilase una posible nueva visita de Karavitch y Likof y saber así con quién se entrevistaban. Pero ellos localizaron a Young Jones, y lo fueron a matar esta tarde.

—¿Lo consiguieron?

—Claro. Le quitaron todo lo que llevaba encima, por eso sé su nombre… Naturalmente su documentación constaba a nombre de Young Jones como ciudadano particular norteamericano, en el sentido de que no tenía nada que ver con ningún organismo de espionaje o contraespionaje. De todos modos tampoco podemos saber si ése es su verdadero nombre. Quizá sí, si tenemos en cuenta que tuvo que salir precipitadamente de Estados Unidos detrás de Karavitch y Likof, sin tiempo de procurarse una documentación falsa.

—Entonces… ¿no estás seguro de que pertenezca a la C. I. A?

—No. Pero así debe de ser. Quizá pertenezca al F. B. I., podría

ser también eso. Pero es seguro que tiene algo que ver con el contraespionaje norteamericano. De otro modo ¿por qué seguir a Karavitch y Likof?

—Está bien claro, desde luego. ¿Qué pasará con la chica?

—No lo sé todavía. Ella fue a ver a ese Jones a Via Margutta. Y Karavitch y Likof, que se habían quedado cerca de allí previendo precisamente algo así, la vieron, la siguieron, y cuando comprobaron que entraba en el hotel Tevere me avisaron. Les dije que volviesen allá y esperasen a quien fuese a recoger el cadáver, cosa que sin duda harían en cuanto esa chica les avisara de lo ocurrido. Ya sabéis lo que ocurre: si podemos recogemos los muertos y los retiramos de escena. A los espías no nos interesa al escándalo.

—¿Fue alguien a recoger el cadáver?

—La propia chica. Karavitch y Likof estaban esperando allí, a pesar de que el cadáver ya no estaba…

—¿Qué dices?

—El cadáver no estaba cuando ellos regresaron. Pero sabían que la chica no había podido llevárselo, ya que la habían seguido, de modo que esperaron, por si acaso. Y ella llegó, en efecto, pero se les escapó.

—¿Y dices que ella está ahora bajo control?

—Sí. Yo la había invitado a una fiesta en la villa de la condesa de Bonavento, y ella, mientras la esperaba, fue de nuevo a Via Margutta, al piso de ese Jones. Fue entonces cuando se les escapó a Karavitch y Likof. Ellos la reconocieron y me avisaron al hotel. Yo esperé un tiempo y luego subí a buscarla a su *suite*. Ella estaba allí, tan tranquila y bien perfumada…

—Es una mujer hábil, ¿eh? ¿Por qué no la quitáis de en medio de una vez?

—Por dos razones, de momento. Una: que estamos esperando por si alguien, por ejemplo quien se llevó el cadáver, se pone en contacto con ella, y así tendremos más de una pieza. Dos: que antes de matarla queremos saber qué es lo que ella, o la C. I. A., o el F. B. I. o quien sea… saben respecto a lo que estamos tramando nosotros.

—¿Crees que han descubierto lo nuestro?

—Por ahora no. Pero algo deben de saber si enviaron a un hombre desde Washington detrás de Likof y Karavitch. Quizá

supieron que se estaban dedicando a acumular billetes de diez mil dólares y les picó la curiosidad. Les dieron rienda suelta y los siguieron, para ver con quién se entrevistaban… Es lo que estamos haciendo nosotros ahora con Brigitte Montfort. Cuando sepamos algo concreto sobre ella veremos qué se hace.

—¿No habría sido mejor dejarla en el hotel que llevarla a esa fiesta? Si es tan lista…

—Precisamente. En el hotel ella estaría más fuera de mi control. Incluso quizá se las habría arreglado para seguirme a mí hasta aquí. No olvidemos que es realmente hábil. En cambio, en la villa de la Bonavento pude escaparme mejor y dejarla a ella bajo vigilancia fija, cosa que no habría podido hacer si ella se hubiese quedado encerrada en su *suite* del hotel.

—Está bien. Pero ella habrá notado tu ausencia, ¿no?

—Solucionaré eso a mi regreso. Le diga lo que le diga ella va a aceptarlo todo, simulando que me cree. —Spercola sonrió duramente—. Es muy lista. Bien, esto es todo. ¿Alguna cosa especial por vuestra parte?

—Ninguna. Recogimos hoy los últimos billetes, hicimos los fajos, y ya tienes el dinero.

—Perfecto. Hasta la vista, pues.

—Ivan…

—Dime.

Posarian frunció el ceño con expresión preocupada.

—¿Crees que esto puede dar resultado? —murmuró.

—Es un plan arriesgadísimo —apoyó Gurief las dudas de Posarian—… ¡Y estamos invirtiendo en ello nada menos que cincuenta millones de dólares!

Spercola también quedó serio, reflexivo.

—Cincuenta millones de dólares es mucho dinero, en efecto, en esta década de los sesenta. Y lo que nos proponemos, no cabe duda, es muy arriesgado. Pero debemos pensar que nuestros jefes saben lo que hacen. Durante algo más de dos años cien de nuestros mejores agentes se han dedicado a reunir billetes de diez mil dólares, y yo a trabajar, en Roma y en San Marino. Es difícil. —Spercola se pasó la lengua por los labios—. Muy difícil, Gurief. Pero si nos han ordenado que lo hagamos y hemos invertido dos años largos en ello, sólo nos queda no vacilar en el último paso que nos queda. Por otra

parte…

Spercola calló bruscamente, y se quedó mirando con atención a Ylinov, el cual había alzado la cabeza y miraba hacia el techo, fruncido el ceño. También Posarian, Bonarof y Gurief se quedaron mirando a su compañero de espionaje. Éste bajó la cabeza y le hizo señas a Spercola para que continuase hablando.

—Por otra parte —continuó Spercola, mirando a Ylinov, que subía lentamente la escalerilla hacia la cubierta— todo parece que va bien en lo que concierne a mis gestiones. El hombre que nos molestaba sufrió un «accidente» de modo que no podrá impedir nada, quedó fuera de la lucha. En cuanto…

Ylinov había llegado ya a lo alto de la escalerilla, y, en aquel momento, abría la portezuela bruscamente. Arriba se oyó una exclamación y ruido de pasos rápidos.

—¡Venid! —gritó Ylinov, sacando un cuchillo y saltando hacia la cubierta.

Y en ésta, John Pearson lanzó una exclamación de sobresalto cuando las portezuelas se abrieron y el rostro del ruso quedó visible tan cerca de él. Se incorporó, dio la vuelta, y echó a correr hacia la borda, mientras oía gritar al hombre llamando a sus compañeros.

Estaba a punto de saltar por encima de la borda cuando su pie derecho resbaló sobre algo que había en la cubierta, y cayó espectacularmente de bruces. Tuvo el tiempo justo de volverse y luego rodar hacia un lado mientras el cuchillo del ruso, fuertemente manejado por éste, se clavaba en la cubierta.

Pearson se puso en pie de un salto, encarándose con Ylinov, que tiraba del cuchillo para desclavarlo. El británico lanzó un punterazo que alcanzó al ruso en pleno rostro, obligándole a enderezarse, alejando sus manos del mango del cuchillo.

Pero Ylinov era un luchador rápido, de buenos reflejos. Sabía que no podía contar con el cuchillo en aquellas circunstancias, de modo que recurrió inmediatamente a la lucha mano a mano, contando con la inmediata presencia de sus compañeros, cuyos precipitados pasos sonaban en la escalerilla. Asió el pie del hombre vestido de negro y tiró de él hacia arriba.

Lo que siguió hizo comprender a Ylinov que tirar de un pie del contrario hacia arriba no siempre da buenos resultados…, sobre todo cuando el contrario tiene otro pie…, que se incrustó con

terrible violencia en la boca de Ylinov, a pesar de estar el hombre de negro completamente en el aire, paralelo al suelo, y casi a dos metros de altura. Ylinov tuvo que soltar el pie, y, por un instante, tuvo la esperanza de que su adversario se rompería la cabeza contra la cubierta.

Otro error de Ylinov.

John Pearson se revolvió en el aire como un gato, y cayó talmente como si lo fuese, sobre pies y manos, y con una flexión tal de músculos que cuando Posarian aparecía en lo alto de la escalerilla ya estaba de nuevo atacando a Ylinov, que se interponía entre él y la borda, llena de sangre la boca, pero dispuesto a retener a aquella especie de tigre negro hasta que llegasen sus compañeros.

—¡Al suelo, Ylinov! —avisó Posarian.

El ruso comprendió que su compañero iba a disparar contra el desconocido, y quiso dejarse caer. Pero la mano derecha de John Pearson le agarró por el pecho, le hizo dar media vuelta interponiéndolo entre él y los demás, y le metió un puñetazo al estómago con tal furia que pareció que el brazo fuese a hundirse allí hasta el codo.

Con tan tremendo e inesperado golpe el ruso quedó poco menos que muerto de angustia, pero el hombre del M. I. 5 no lo soltó todavía, sino que, siempre interponiéndolo entre él y los otros rusos, le golpeó de nuevo, con la misma potencia y terribles resultados para el estado físico de Ylinov.

Pero los otros cuatro rusos estaban corriendo por la cubierta de modo que podrían enfilar con sus pistolas a Pearson desde distintos ángulos, de modo que el británico se deshizo de Ylinov de un manotazo y se volvió hacia la borda…

—¡Ahora! —gritó Spercola, apretando el gatillo de su pistola.

John Pearson estaba ya saltando por encima de la borda. Gurief disparó al mismo tiempo, mientras Posarian y Bonarof gruñían furiosos por no poder enfilar con sus armas al desconocido.

Oyeron el grito de dolor de éste, y, enseguida, el ruido de su cuerpo al caer al agua.

—¡Traed una linterna! —pidió Spercola, asomándose por la borda pistola en mano.

Cuando Gurief llegó con la linterna Ylinov yacía sentado con la espalda apoyada en la borda, respirando entrecortadamente,

gimiendo. Bonarof, Posarian y Spercola vigilaban con toda atención el agua. Ya no se veía ni siquiera la agitación del punto de entrada hacia el fondo del desconocido.

—¡Mueve la luz! Puede estar alejándose a nado de aquí…

El quebrado círculo de luz recorrió rápidamente las aguas en busca del rapidísimo hombre que había vencido en cuatro segundos a Ylinov.

—No se ve nada…

—¡Hay que encontrarlo! ¡Ese hombre tiene que ser de la C. I. A., o algo así…! ¡Espera! ¡Dame la linterna!

Spercola la arrebató de manos de Gurief, y dirigió la luz hacia el punto que le había llamado la atención. Unas manchas de tono diferente al agua flotaban en ésta.

—Eso es sangre —musitó Posarian.

—Ya lo sé. Parece que le hemos dado.

Durante un par de minutos estuvieron recorriendo el perímetro del yate, pegados a la borda, listas las pistolas y lanzando la luz de la linterna hacia el agua.

—Se fue al fondo —suspiró Posarian.

—Eso parece —gruñó Spercola—. Está bien, parece que esto acabó. Me voy inmediatamente a Roma.

Vosotros alejaros de aquí enseguida. Puede que con la linterna hayamos llamado la atención de los *carabinieri* de la costa, y no interesa que lleguen a tiempo de hacer preguntas. Tráeme la cartera, Bonarof… Y vuestro trabajo estará terminado. Regresad.

Bonarof fue a por la cartera. Spercola la tomó, echó un vistazo a los billetes, y se despidió.

—Buena suerte.

—Buena suerte y éxito, Ivan Molkova.

Spercola bajó hasta el bote por la escalerilla de cuerda, y Gurief fue quien se encargó de llevarlo al embarcadero. Regresó a toda prisa, mientras Spercola caminaba también rápidamente hacia donde había dejado el Alfa Romeo. Se metió en él, dio el contacto, y miró hacia el mar, hacia el embarcadero. Ni rastro del yate.

Miró a su alrededor, vigilante, pero no vio nada que le llamase especialmente la atención. Metió la cartera bajo el asiento, encendió un cigarrillo, suspiró, y partió de regreso a Roma. Si Brigitte Montfort había enviado a un compañero a seguirlo, ella iba a tener

malas noticias…

Cinco minutos después de que el Alfa Romeo hubiese partido, John Pearson, completamente empapado, se metía en su flamante y velocísimo Porsche, todavía jadeando. Lo primero que hizo fue alejarse de allí a toda prisa, huyendo de la curiosidad de la gente que deambulaba por el paseo. A la salida de Lido di Ostia detuvo el coche en un lado de la carretera y se miró la herida del brazo derecho. Nada importante.

Abrió un compartimiento del *tablier* y sacó un estuche de piel, del tamaño de un libro corriente. Lo abrió, sacó una venda, gasas, tafetán… Ni siquiera tuvo que utilizar la venda.

Una vez limpia la herida y bien protegida por un par de gasas sujetas al brazo la cosa quedó solucionada.

De nuevo puso en marcha el Porsche hacia Roma, hundiendo el pie en el acelerador hasta que la aguja marcó los ciento cuarenta. Con toda seguridad que su pieza no llegaría a Roma mucho antes que él.

7. LAS EXCUSAS DEL SIGNORE SPERCOLA / CARTA PARA TÍO CHARLIE / ESCENA DE AMOR INTERRUMPIDA

Brigitte sonreía escuchando a Renato Baracca cuando, de pronto, quedó seria, como sorprendida.

—¿Ocurre algo? —inquirió Baracca.

—Mire allá: ¿no será un fantasma?

El hombre de San Marino miró hacia donde le señalaba Brigitte.

—Vaya… Según parece el señor Spercola ha encontrado el camino hacia usted.

—No del todo. Todavía sigue buscando. ¿Cómo es posible que no hayamos conseguido verlo en casi una hora?

—Eso ocurre donde hay tanta gente. Dicen que uno se siente solo en medio de una gran multitud, ¿no?

Pues bien, igual puede uno perderse. ¿Le parece que ceda el campo al señor Spercola?

—Oh, no… Usted es encantador, señor Baracca. Y su edad… Bueno, quiero decir…

—Como le dije antes cuando no me atreví a invitarla a bailar mi edad y mi físico no acompañan en ciertas cosas. El señor Spercola es, sin duda, una pareja mucho más apropiada para usted, señorita Montfort. Con permiso…

Brigitte retuvo a Baracca por una mano, sonriendo dulcemente.

—He pasado un rato delicioso con usted, de veras.

Renato Baracca alzó su mano, y, con ella, la de Brigitte, que besó galantemente.

—Sea benévola con la pobre gente de San Marino cuando escriba su artículo… Si es que lo escribe.

—¡Lo escribiré! —prometió Brigitte.

Baracca comenzó a alejarse. Por el camino hacia el salón se

cruzó con Giovanni Maria Spercola, que, tras mirar hacia todos lados, había encontrado a Brigitte, por fin. Ambos hombres se cruzaron muy de cerca, saludándose con una sonrisa. Baracca dijo algo a Spercola, y éste le contestó sonriendo y afirmando con la cabeza.

Luego el hombre de San Marino continuó su camino y Spercola llegó junto a Brigitte. Se sentó junto a ella en el banco.

—Renato Baracca parece encantado con su compañía, Brigitte.

—En cambio, otros me abandonan.

—¡Oh, ya entiendo…! —Rió Spercola—. Comprendo que he sido muy descortés…, incluso desconsiderado.

—¿Le ha ocurrido algo?

—En absoluto. ¿Podrá perdonarme esta ausencia, Brigitte?

—No lo sé —sonrió ella—. ¿Por quién me abandonó?

—Por un hombre.

—¡Giovanni!

Rieron los dos. Spercola tomó una mano de Brigitte y la acarició.

—Créame que lo siento, Brigitte: me llamaron por teléfono con toda urgencia. Me pareció que usted estaba perfectamente atendida aquí, y quise arreglarlo todo en una hora de ausencia.

—¿Y lo arregló?

—Por desgracia, no. Tengo que marcharme esta misma noche de Roma… Ahora mismo, para ser exacto.

—Pero son más de las once de la noche… ¿Qué tiene que hacer con tanta urgencia a esta hora?

—Uno de mis socios me ha llamado desde Florencia. Mi presencia allí es urgente, inexcusable. De modo que voy a salir ahora mismo en coche hacia allí. Hay un negocio de tres millones de liras que no puedo desatender. Lo siento, de veras.

Brigitte suspiró.

—Bien… He bailado un poco, he conocido gente simpática, he tomado unos cócteles ¿qué más puedo pedir en mi primera noche en Roma?

—Habrá noches mucho mejores que ésta, se lo prometo. ¿Le parece que regresemos al hotel?

—Cuando guste.

—Claro que… Bueno, si quiere quedarse aquí… Estoy seguro de que alguien se ofrecería a llevarla al hotel más tarde.

—No, no… Vine con usted, y con usted regresaré… ¿Está tratando de librarse de mi compañía?

—Todo lo contrario. Usted sabe que tenía esperanzas de que esta noche… Pero está visto que no debía ser hoy. ¿Quizás… en otra ocasión?

—Quizá —musitó Brigitte.

—Lamento haber estropeado esta linda noche.

—Será mejor que volvamos al hotel.

Se despidieron de la condesa de Bonavento y de algunos otros invitados. Brigitte buscó con la mirada a Renato Baracca, pero no consiguió localizarlo en ninguna parte: el hombre de San Marino había desaparecido.

Ya en el Alfa Romeo Brigitte miró disimuladamente el cuentakilómetros, y consiguió contener su sonrisa de burla hacia el muy «inteligente» Giovanni Spercola. Se había fijado en la cantidad marcada cuando llegaron a la villa de Bonavento, y comprobó que ahora marcaba casi cincuenta kilómetros más. No era fácil que hubiese recorrido Spercola aquella distancia en la misma Roma. ¿Adónde había ido?

El coche salió de la villa, y Brigitte volvió a suspirar, tensando suavemente su espléndido cuerpo.

—Lo cierto es, Giovanni, que no tengo sueño ahora… Me parece un poco tonto encerrarme en mi *suite*. Y, ahora que recapacito, resulta que no me ha enseñado ni una sola palabra de italiano en toda la noche.

—Maurizio la enseñará mañana, no se preoc… ¡Espere! ¿De verdad le gustaría pasear un poco más por Roma esta noche?

—Creo que me encantaría…, a falta de otras cosas. ¿Por qué lo pregunta?

—Podríamos llamar a Maurizio… Él vendría a buscarla, estoy seguro.

—¿Quiere que lo cambie a usted por Maurizio?

—No… ¡No! —Rió Spercola—. Sólo se trata de que no se sienta demasiado defraudada de su primera noche en Roma. Así no me guardará rencor cuando regrese. Ya verá cómo Maurizio la lleva a lugares divertidos. Podemos llamarlo desde el hotel… ¿Le parece bien así, Brigitte?

—Supongo que debo aceptar.

Poco después llegaron al hotel Tevere. Desde el teléfono de la conserjería Spercola llamó a Maurizio Alvarini, el muchacho del Siata 750 que se ganaba la vida instruyendo turistas mientras se dedicaba a escribir un libro.

Maurizio aceptó encantado, y Spercola colgó el auricular con expresión satisfecha.

—Solucionado —dijo.

—Malamente arreglado —corrigió Brigitte, con una muequecita —. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Pronto.

—¿Debemos despedirnos ahora?

—Pues…

—¿Tiene que recoger algo en sus habitaciones?

—Claro… Una pequeña maleta… Cosas personales.

—Entonces hasta luego, Giovanni.

—¿Hasta luego? —se extrañó él.

Brigitte se colgó de su brazo, dirigiéndose los dos hacia el ascensor.

—No me gustan las despedidas en público —musitó—. Si quiere hacerlo mejor lo estaré esperando, hasta que llegue Maurizio, en mi *suite*.

—Iré con mucho gusto a despedirme allí de usted.

Brigitte salió dos pisos antes que Spercola de la cabina del ascensor, y se dirigió a la puerta de sus habitaciones. Entró en la *suite* y lo primero que hizo fue despegarse la pistolita con cachas de madreperla del muslo. La escondió entre el respaldo y el asiento del sofá, y corrió al dormitorio.

Se desnudó rápidamente, colgó el vestido de noche que había llevado a la fiesta de la condesa Bonavento, y tiró sobre la cama otro no menos elegante, pero más sencillo, más práctico, que le permitiría mayor facilidad de movimientos.

Pero no se lo puso. No entraba en sus planes hacerlo todavía, y, además, tenía otras cosas que hacer.

Se proveyó de papel y pluma de su maleta y se sentó en el sofá, ante la pequeña mesita de centro.

Escribió rápidamente:

Querido tío Charlie:

Apenas llegar a Roma conocí a un italiano muy simpático, llamado

Giovanni Maria Spercola y que está alojado precisamente en el hotel Tevere. Me invitó a una fiesta, en la villa de la condesa Bonavento. Allí tuve ocasión de tratar con personas realmente simpáticas e importantes, entre las que destacó muchísimo el señor Baracca, Capitán Regente de la República de San Marino. Me dio la impresión de que los señores Spercola y Baracca eran amigos, pues ambos son a cual más encantador.

Ahora, el señor Spercola va a emprender un viaje, a Florencia, según me ha dicho, y yo me quedaré en Roma si no se me ocurre qué otra cosa hacer, si bien Giovanni es tan atento y agradable que me gustaría seguirlo si eso no resultara una inconveniencia. También es posible que más adelante, si puedo, visite al señor Baracca en San Marino. ¡Sería estupendo encontrar allí a Giovanni…! San Marino, como ya debes de saber, es una pequeña república, de historia muy interesante, que el señor Baracca ha tenido la amabilidad de contarme. Estoy convencida, pese a sus modestas palabras, de que San Marino es actualmente muy importante.

En fin, como Giovanni se va a Florencia acabaré de divertirme un poco esta noche con Maurizio Alvarini, un apuesto muchacho que el señor Spercola me presentó para que me enseñase italiano y algunas curiosidades de Roma e incluso de Italia, si ése fuese mi gusto. Maurizio es un guapo ejemplar, y espero pasarlo muy bien en su coche, un Siata 750, con el cual, como te decía antes, de buena gana me iría detrás de Giovanni.

Espero volver a escribirte dentro de dos días. Si para entonces no has tenido noticias mías es que estaré divirtiéndome mucho y habré olvidado a mi querido tío Charlie.

Ah, se me olvidaba: cuando fui a buscar aquellas semillas muertas de las que hablamos, ya no estaban allí… Pero me encontré con el señor Ghost, nuestro viejo amigo, que también está de vacaciones en Roma.

Muchos besos de

Brigitte

Dobló el papel, buscó un sobre, lo metió dentro y pegó la solapa. Luego, en el sobre, escribió: Charlie Montfort 1044, 2nd Avenue (Floristería) Manhattan, New York (N. Y.), U. S. A..

Volvió junto a la maleta y colocó la carta encima de las primeras prendas. Luego regresó la maleta al armario. Si algo le ocurría, aquella carta sería enviada a tío Charlie. Y con toda seguridad que

el agudo veterano Pitzer sabría sacar provecho de tan copiosa información en apariencia muy inocente, propia de una muchacha alegre que está de vacaciones en Roma.

Miró las *deshabillés* que tenía ante ella en aquel cuerpo del armario, y movió la cabeza con disgusto. No le gustaban ya. Puso la mano en el pomo del otro cuerpo del armario, pero cuando iba a abrirlo sonó la llamada en la puerta.

Brigitte cogió uno de los saltos de cama que tenía a la vista entre los que no le gustaban ya, se lo puso descuidadamente, y fue a abrir.

Atrajo la puerta, sonriendo dulcemente.

—¿Ya te vas, Giovanni? —Tuteó por primera vez.

Giovanni Maria Spercola estuvo a punto de soltar el pequeño maletín que tenía en una mano. Palideció un poco y permaneció en silencio, mirando a la muchacha.

—¿No quieres pasar? —susurró Brigitte.

Spercola entró en la *suite* poco menos que como un autómata. Ella cerró la puerta y le echó los brazos al cuello.

—Prométeme que no tardarás en volver —gimió.

—Lo… prometo…

—¿Tienes tiempo de sentarte unos minutos?

Brigitte tiró de una mano de Spercola, hacia el sofá. Lo empujó suavemente, obligándole a sentarse, y luego lo hizo ella en sus rodillas, rodeándole de nuevo el cuello con sus brazos.

La cabeza de ella se interpuso en su línea visual al inclinarse para besarlo en los labios, y Giovanni Maria Spercola sintió que el mundo giraba locamente a su alrededor cuando se produjo el contacto de la fresca boca de Brigitte en la suya.

—Giovanni… Mi vida… ¿No podrías quedarte?

Spercola carraspeó.

—Temo… temo que no…

—Antes dijiste que tenías mucho dinero… ¿Acaso esos dos o tres millones de liras que te están esperando en Florencia tienen tanta importancia?

—Creo… creo que la tienen, Brigitte…

—¿Más que yo?

—No… No, no, pero…

—Me estás engañando… ¿Eres casado? ¿Vas a reunirte con tu

esposa?

—¡No, no!

—¿Vas solo a Florencia?

—Claro…

—¿No querrías llevarme?

—Con gusto lo haría, Brigitte, pero no puede ser…

—¿Tienes que encontrarte con alguien, quizá?

—Sólo al llegar a Florencia.

—¿Tienes que ver allí a tu socio?

—Claro…

—Dime que no me engañas… ¿Cómo se llama ese socio?

—Eee… Carlo… Carlo Platone…

—¿Dónde vive?

—En Viale…

En aquel momento sonó el teléfono. Brigitte lo miró con desgana, pero atendió la llamada, siempre sentada en las rodillas de Spercola.

—¿Sí?

—… .

—Ah… Hola, Maurizio… Sí, bajaré enseguida…

—¿… .?

—No, no subas… Espérame en el vestíbulo… O mejor aún en el coche.

—… .

—De acuerdo, de acuerdo… Bajaré enseguida.

Colgó y miró de nuevo a Spercola. Éste la abrazó por la cintura y se puso en pie, dejándola a ella también en pie delante de él.

—Bien… Ya tienes ahí a Maurizio… Ya te dije que era un muchacho servicial y amable, y… Creo que debo marcharme…

—¿No quieres llevarme contigo?

—Es mejor que no… Si voy solo acabaré antes y podré regresar inmediatamente a Roma… ¿Te parece bien?

—Me dejas muy disgustada, Giovanni.

Spercola consiguió sonreír.

—Cuando vuelva te compensaré con creces de mi ausencia. Hasta la vuelta, querida.

Ella ofreció los labios y Spercola los besó. Luego salió de la *suite*, y apenas en el pasillo, resopló, sacó el pañuelo, y se lo pasó por la

frente. Lástima que Brigitte no fuese lo que parecía, o sea, una linda periodista en vacaciones…

Brigitte salió de la *suite* apenas medio minuto después que Spercola, con el ligero y práctico vestido de noche que había escogido para aquella excursión nocturna. Bajó a pie por la amplia escalera de mármol y apareció en el último tramo, ya en el vestíbulo, todavía a tiempo de ver salir a Spercola del hotel. Fue rápidamente tras él y, desde la marquesina, lo vio entrar en el Alfa Romeo y ponerlo en marcha.

—¡Señorita Montfort! —Oyó la llamada de Maurizio.

Brigitte corrió hacia el Siata, lo rodeó por delante, abrió la portezuela, y se sentó junto al sorprendido Maurizio.

—¡Síguelo, Maurizio!

—¿A quién? ¿Al señor Spercola?

—¡Sí! ¡Vamos, date prisa!

Maurizio obedeció, desconcertado, advirtiendo:

—Con este coche no voy a poder seguir a un Alfa Romeo, señorita Montfort.

—Inténtalo… ¡No lo pierdas de vista, Maurizio!

El muchacho encogió los hombros.

—Lo intentaré… Pero le aseguro que no comprendo nada.

—Ya te explicaré más adelante. Ahora, por lo que más quieras, ¡no pierdas de vista a Spercola!

Brigitte iba tan concentrada en la localización del Alfa Romeo que no se dio cuenta de que detrás del Siata llevaba un magnífico Porsche a cuyo volante iba un fantasma.

De todos modos pasaría lo que tuviese que pasar. Y, a fin de cuentas, más pronto o más tarde, tío Charlie recibiría la carta que había escrito poco antes en su *suite*…

8. PRECAUCIÓN EN LA CARRETERA / LOCANDA PIETRO, SAN MARINO / PUERCO LUGAR PARA CAER EN UNA TRAMPA

El Alfa Romeo salió de Roma por Via Cassia, tomando la carretera hacia Florencia. Pero, obviamente, en cualquier momento podía apartarse de ella para continuar el viaje por otra.

Apenas en las afueras de Roma el Alfa Romeo se detuvo junto a un muro medio derruido, y dos hombres aparecieron de detrás de él y entraron en el coche. Detenida menos de un centenar de metros más atrás, Brigitte creyó reconocer en aquellos dos hombres a los que había entrevisto cuando se escondía en el piso ocupado por John Pearson en Via Margutta.

—No los sigas de demasiado cerca, Maurizio, a menos que lleguemos a algún lugar donde puedan desviarse y perderlos de vista.

Maurizio Alvarini miró con cierta ironía a Brigitte.

—Todo será que ellos quieran perdernos de vista a nosotros, señorita Montfort. No sé qué está pasando, pero insistiré una vez más en que con un Siata 750 no vamos a poder acercarnos demasiado a un Alfa Romeo…, aunque quisiéramos.

—Tienes que hacer todo lo posible… ¿Hay gasolina en el depósito?

—Claro.

—Me refiero a si hay suficiente para unos doscientos kilómetros.

Maurizio efectuó un rápido cálculo mental.

—Hay suficiente —tranquilizó a Brigitte—. Pero si hemos de recorrer doscientos kilómetros de ida, serán otros tantos de vuelta. Y entonces no habrá suficiente gasolina.

—¿Sabes si hay algún surtidor por estas carreteras?

—No tantos como en Estados Unidos, pero espero encontrar alguno.

Brigitte lo miró de reojo, sorprendida, pero finalmente se echó a reír.

—¡Entiendo! Está bien, Maurizio, tú mandas. Lo único que yo quiero es que no se nos escape ese Alfa Romeo. En lo demás, tú mandas.

Maurizio miró las rodillas de Brigitte, que se marcaban delicadamente en el vestido.

—Ojalá —dijo.

Brigitte miró su reloj. Las doce y cuarto. Si iban adonde ella creía tardarían no menos de tres horas, teniendo en cuenta que viajaban de noche y que, lógicamente, habría tramos de carretera en no muy buen estado. Por delante de ellos se veían las luces rojas del Alfa Romeo, siempre a la misma distancia. El cuentakilómetros del Siata marcaba los ciento diez, y Maurizio, firme el apolíneo rostro, se estaba tomando a pecho aquella novelesca persecución. Brigitte admiró su fuerte musculatura, los hombros anchos, el cuello fibroso, las manos grandes y elegantes…

—¿Soy de su gusto, señorita Montfort?

—¡Oh! Pues… Bueno, he visto hombres más feos que tú, desde luego —rió Brigitte.

—Lo celebro. ¿No podría explicarme ahora qué es exactamente lo que estamos haciendo?

—No lo creerías —musitó Brigitte.

—Pruebe a ver.

—Estamos persiguiendo a unos espías, Maurizio. También son asesinos.

—¿De veras? —Sonrió Maurizio—. ¿Y usted qué es?

—Periodista.

—¿Y tiene tratos con gente de esa clase? —se burló el romano.

—A veces, por fuerza.

—No sé si me está tomando el pelo o no, señorita Montfort, pero si esos tres hombres son lo que usted dice creo que nosotros nos estamos jugando la vida… A menos que todo esto no sea una divertida broma.

—No es broma. ¿Llevas armas?

Maurizio volvió el rostro hacia ella, medio sobresaltado. La estuvo mirando un par de segundos, parpadeando.

—Llevo una navaja en un compartimiento del *tablier*. Siempre resulta útil.

—Será poca cosa si nos vemos en apuros.

—¿Tampoco usted lleva armas?

—Una pistola. Mírala —Maurizio miró brevemente hacia la pierna que mostró Brigitte, con la pistola pegada a ella—. Pero me parece que será insuficiente para hacer frente a según qué situación.

—Podemos hacer una cosa —sugirió Maurizio—. Como me da en la nariz que usted es por lo menos tan espía como esos hombres que van delante debe de tener amigos en Roma, ¿no?

—Alguno habrá.

—*Ecco*… Volvamos a pedir ayuda y ustedes se las entienden como puedan.

—¿Tienes miedo?

—Creo que un poco.

—Lo siento. No tenemos tiempo de volver a Roma y pedir ayuda a nadie… Todo lo que puedo hacer por ti es comprarte el coche ahora mismo, te apeas, regresas a Roma en autoestop, y yo seguiré adelante sola.

Maurizio soltó un gruñido, y sus manos parecieron apretar con más fuerza el volante. Ahora iban a ochenta. Y justo en aquel momento un fantástico Porsche los pasó, a no menos de ciento veinte, con potente zumbido.

—Con ese coche seguro que no se nos escapaba el Alfa Romeo.

Así parecía, porque el Porsche pasó también al Alfa Romeo muy poco después.

Cincuenta kilómetros más adelante, en Narni, el Alfa Romeo se detuvo cerca de un surtidor de gasolina, quedando en la sombra. Poco después aparecía el Siata, que se detuvo junto a uno de los surtidores. Maurizio ordenó llenar completamente el depósito, con lo cual quedó en condiciones de recorrer trescientos kilómetros o poco menos sin necesitar más combustible. Y cuando el Siata seguía su camino detrás del Alfa Romeo el Porsche apareció desde las sombras de fuera de la carretera y se acercó también al surtidor.

—Llénelo —dijo John Pearson al empleado.

Tres minutos después el Porsche arrancaba a toda velocidad, con

combustible suficiente para recorrer casi el doble de la distancia que pudiese recorrer el Siata, y aproximadamente la misma que el Alfa Romeo.

* * *

Spoleto, Foligno, Gualdo Tadino, Fossombrone, Urbino… Todo había quedado atrás. Cerca de las cuatro de la madrugada los tres coches estaban llegando a S. Leo, la localidad italiana más próxima a la República de San Marino. Pasaron por el camino vecinal que llevaba a esta localidad, siguiendo viaje hacia la frontera con San Marino.

Diez minutos después el Alfa Romeo cruzaba la frontera por un lugar donde no había carretera, ni camino, absolutamente nada que pudiese servir como guía a un automovilista. Pero las luces rojas traseras del Alfa Romeo se veían en la distancia, y eso era suficiente.

—Apaga las luces, Maurizio.

El romano obedeció. El Siata se bamboleaba sobre el peligroso terreno sin allanar.

—Se han detenido —musitó Maurizio—… Han parado el coche junto a un caserón.

—No es un caserón —susurró Brigitte—. Seguro que es una posada… Locanda Pietro, sí señor… ¿Te dice algo la palabra LIBERTAS?

—Claro… Es el lema de San Marino.

—Exactamente. Ya me enteré de eso por medio de Renato Baracca… Yo encontré una carterita de cerillas en cierto lugar. En la tapa llevaba impresas estas palabras: LIBERTAS Locanda Pietro San Marino… Pues bien: ya estamos aquí. Para el coche, Maurizio.

El romano obedeció, y se quedó mirando a Brigitte en la oscuridad paliada por la luz de las estrellas.

—¿Y ahora?

—Puedes volver a Roma o ayudarme.

—¿Qué tendría que hacer?

—Ni yo misma sé cómo pueden ocurrir las cosas. Pero tendrías que llevar tu navaja.

Maurizio asintió con la cabeza. Sacó la navaja, apretó el resorte,

y la hoja apareció bruscamente. Tenía la longitud necesaria para llegar al corazón de cualquier persona. Escondió la hoja y se metió la navaja dentro de un calcetín. Luego se quedó mirando a la muchacha fijamente.

—Creo que soy un tonto fenomenal —musitó—… Pero haría cualquier cosa por usted, señorita Montfort.

Brigitte sostuvo cálidamente la mirada. Luego se aproximó a Maurizio y lo besó en los labios, lentamente. Las manos del romano cayeron sobre sus hombros y se deslizaron, suaves, por los desnudos brazos, y luego por la espalda, mientras el beso continuaba. Pero Brigitte tuvo que apartarse.

—No… Ahora no.

—¿Cuándo? —susurró él.

—Si regresamos a Roma nos veremos… siempre que tú quieras.

Brigitte se apeó del coche, y Maurizio lo hizo inmediatamente por el otro lado. Se juntaron delante del coche, y Brigitte señaló hacia el caserón.

—Ante todo veamos si eso es, efectivamente, la posada de un tal Pietro.

Se subió la falda y despegó la pistolita de su pierna. Con el arma ya en la mano inició la marcha hacia el caserón, con Maurizio a su lado, vigilantes los dos. El Alfa Romeo había apagado ya todas sus luces y sólo una raya delgadísima se veía en la oscuridad, pasando bajo la puerta del caserón.

Bajo la dirección de Brigitte se dirigieron hacia la parte de atrás…, que resultó ser la delantera; es decir, que el Alfa Romeo se había detenido en la trasera de la posada. Allí, en la delantera, Brigitte pudo ver el cartelón: Locanda Pietro. Así pues, Young Jones había llegado hasta allí. ¿A quién había seguido? A quienquiera que fuese seguramente eso le había costado la vida. Debieron de darse cuenta de que Jones los seguía, lo vigilaron, y a la primera oportunidad lo mataron. Mala suerte.

Bajo la sombra de un gran árbol Brigitte vio otro coche, lujoso, grande. Se acercó a él. Su matrícula era de San Marino y llevaba las placas del Servicio Diplomático.

—Baracca… Renato Baracca está ahí, con Spercola y los otros dos.

Regresó hacia la casa, unida su mano izquierda a la derecha de

Maurizio, y los dos se deslizaron a lo largo de la rústica pared, en silencio, conteniendo incluso la respiración. Muy bien: aquél era el lugar donde se tenía que llevar a cabo la entrevista verdadera entre Renato Baracca y Giovanni Maria Spercola… Young Jones debía de haber descubierto algo acerca de Spercola, y por eso había indicado a Pitzer que enviase un compañero al hotel Tevere, para que pudiese vigilar a Giovanni Maria Spercola mientras él vigilaba directamente a los otros dos, los que habían salido de Estados Unidos con billetes de diez mil dólares.

Mala suerte para Young Jones, sí. Pero magnífico servicio el que había prestado.

Llegaron junto a la puerta, y Brigitte se acercó más. Oía el rumor de voces en italiano, pero no podía entender lo que hablaban. No por no conocer el suficiente italiano, sino porque sonaban confusas, apagadas…

—¿Le divierte el trabajo, señorita Montfort?

Al mismo tiempo oía un golpe seco, y una mano le arrebataba rápidamente su pistola.

Maurizio fue empujado hacia ella por el golpe recibido en la cabeza, y la muchacha tuvo que sostenerlo para que no cayese al suelo.

Al volverse vio dos hombres delante de ella; cada uno tenía una pistola en la mano y el más cercano, la suya de cachas de madreperla en la izquierda.

La puerta se abrió en aquel momento, y Brigitte parpadeó, medio cegada, cuando la luz cayó sobre ella, mientras oía la voz de Spercola:

—¿Los tenéis, Karavitch?

—Sí. Cayeron como pajaritos. Yo creo que ella no es muy lista. Se puede disculpar al muchacho, porque no es su profesión, pero ella no…

—Está bien ya: metedlos dentro.

Allá estaba Renato Baracca, todavía vestido de etiqueta, con su bonito fajín, su viva mirada fija en Brigitte, irónica la expresión.

—Parece que tendrá dificultades para escribir ese artículo sobre San Marino, señorita Montfort.

Brigitte no contestó.

Junto a Baracca había un hombretón enorme, gordo, barbudo,

que parecía desnudarla con la mirada.

Vestía toscamente, y su aspecto era por demás rudo.

—Apaga una luz, Pietro —le dijo Spercola—. Las mariposas llegaron ya, de modo que es suficiente.

El posadero apagó uno de los quinqués. Estaban en un gran almacén, lleno de sacos y cajones, alguna rueda de carro, grandes garrafas… En una esquina había unos escalones de piedra que descendían. Olía a paja, a estiércol, a vino, todo mezclado.

Puerco lugar para caer en una trampa.

Spercola se plantó sonriendo delante de la muchacha y dijo:

—No te quejarás de mí, cariño: hice todo lo posible para que pudieseis seguirme.

9. PRISIONEROS EN EL GALLINERO / EL DESTINO DE SAN MARINO / UNA LIMOSNA, POR CARIDAD…

Brigitte sonrió candorosamente.

—Sólo quería saber si me engañabas, Giovanni.

—¿Qué quieres decir exactamente? —Parpadeó incrédulo Spercola.

—Quería saber si tenías a alguien en Florencia… Creía que ibas a Florencia, y convencí a Maurizio para que me llevase tras de ti.

El falso italiano se echó a reír divertidísimo.

—¡Por favor, Brigitte! Las caricias y las tonterías terminaron ya. Ahora podemos hablar con claridad.

—Giovanni, te aseguro…

Spercola le soltó un revés con la mano derecha que casi derribó a Brigitte de espaldas sobre la rústica mesa maloliente que había en el centro del almacén. La recogió al rebote, agarrándola por el escote del vestido, y le pegó dos bofetadas más, una al derecho y de nuevo otra al revés, dando lugar a que los ojos de Brigitte se llenasen de lágrimas debido al dolor.

—¿Con quién te crees que estás jugando? —Masculló Spercola —. Sabemos que eres una agente de la C. I. A., igual que lo era Young Jones. Estuviste allá; en todo momento te tenía localizada… Eres muy astuta, pero no eres la única persona inteligente en el mundo. ¿Por qué crees que os he dejado seguirme?

Brigitte se pasó la lengua por los doloridos labios, mirando rápidamente a su alrededor. Nadie la ayudaría.

Había ido sola a Roma, y sola moriría, fracasada, en una pequeña república europea.

Maurizio había querido intervenir cuando Spercola le había pegado, pero los dos hombres que habían matado a Jones se lo

impidieron, sujetándolo fuertemente. Baracca le miraba malignamente, como divertido. En cuanto al enorme, Pietro, sólo veía en ella a una hermosa mujer. Las circunstancias eran algo que le dejaban indiferente.

—Te lo voy a decir —seguía hablando Spercola—… Te voy a decir por qué te he dejado seguirme. Podía haberte matado mil veces en Roma, pero no me convenía. Ya estaba bien un muerto. Tú ya sabes, cariño: nada de escándalos… Por cierto: ¿dónde escondiste el cadáver de Jones?

—Yo no lo escondí.

—Perfecto. Es lo que quería saber. Entonces fue uno de tus amigos de Roma… Y aquí tenemos una de las razones por las que no te he matado antes: ¿quién es ese amigo de Roma, ese otro agente de la C. I. A. que te ha estado ayudando a esconder el cadáver?

—No tengo ningún amigo en Roma.

—No me hagas perder la paciencia. Me estoy refiriendo al que me siguió hasta Lido di Ostia, y estuvo en el yate. —Los ojos de Brigitte brillaron esperanzados, pero Spercola la desengañó pronto, riendo—… ¡No te hagas ilusiones! Ese hombre está muerto, en el fondo del mar.

—Entonces —se consternó Brigitte—, ¿qué importa quién fuese?

—Es que ése no debió de ser el único, querida mía. ¿Cuántos sois en Roma para este asunto? ¿Cuántos habéis venido detrás de Karavitch y Likof desde Washington? ¡Vamos, vamos, quiero saber quiénes son y dónde puedo encontrarlos!

—¿Eso es todo lo que quieres saber?

—Eso y que me expliques todo lo que sabéis en la C. I. A. respecto al asunto en el que yo estoy trabajando.

—Entiendo. Por eso no me has matado antes, limitándote a vigilarme: para que te diga todo cuanto te interesa sobre la C. I. A..

—Eso es lo que quiero exactamente, querida.

—¿Y no querrías un palacio en la luna, mi amor? —se burló ella.

Spercola enrojeció de furia, y volvió a abofetear a Brigitte. Maurizio se soltó de los brazos de Likof y Karavitch, y saltó contra Spercola, lo agarró de un hombro, lo hizo girar, y le golpeó duramente en el estómago y luego en la barbilla… Pero Karavitch y Likof estaban ya de nuevo sobre él, sujetándole fuertemente, de

modo que sus esfuerzos por soltarse resultaron vanos.

—¡Cobarde! —Escupía Maurizio a Spercola—. ¡Puerco! ¡Asesino!

Spercola se acercó lentamente al muchacho, acariciándose el estómago y moviendo la barbilla, dolorido. Se quedó delante de él mirándole aviesamente, y, de pronto, le golpeó en el estómago, en corto. Maurizio soltó todo el aire, en doloroso quejido, pero Spercola le pegó dos veces más, ensañándose, al tiempo que barbotaba excitadas palabras en italiano, congestionado por la rabia…

Maurizio quedó poco menos que colgando de los brazos de los dos rusos, jadeante, crispado el rostro por el dolor. Spercola se volvió hacia Brigitte, que estaba palidísima, y la registró rápidamente, pasándole las manos por todo el cuerpo, mientras los otros dos rusos registraban a Maurizio.

—No lleva armas —dijo uno de ellos.

—Y yo tengo la pistola de ella —añadió el otro.

—Está bien. Llevadlos abajo. Ya nos las veremos con ellos después de solucionar el asunto con Baracca.

Brigitte y Maurizio fueron empujados hacia el rincón donde estaban los peldaños de piedra sin labrar.

Karavitch bajó el primero, y Likof el último.

Al final de los peldaños no había puerta; sólo una especie de celda, cuadrada y pequeña, con el suelo lleno de paja y suciedades. A la derecha, en varios palos que iban de pared a pared, unas cuantas gallinas iniciaron un tímido y ridículo cacareo. En una de las paredes y en lo alto, casi a ras del techo, había un ventanuco con barrotes que parecían de madera, y que fuera del caserón debían de verse a ras del suelo.

—Luego volveremos a por vosotros. Y sería una tontería que intentaseis escapar, porque estamos ahí arriba.

Subieron al almacén, dejando a Brigitte y Maurizio solos en la oscuridad. Por el ventanuco entraba la luz de las estrellas.

—Siento mucho haberte metido en esto, Maurizio —musitó Brigitte en verdad afligida—… ¿Estás bien?

—No te preocupes… ¿Es verdad, entonces, que eres una espía?

—Es verdad.

—¿Y tienes amigos en Roma?

—Muchos amigos.

—Pues deberían ayudarte. A menos que no sepan qué está ocurriendo. ¡Si pudiésemos avisarles!

—Ya saben lo que ocurre, pero no tuve tiempo de avisarles de que salía detrás de Spercola. Además, no es posible escapar de aquí, de modo que no podríamos avisarlos de ninguna manera.

—Esos canallas… ¡Un momento! Mi navaja… ¡No me la han quitado! La tengo en el calcetín. Aunque no nos servirá de nada, pues son demasiados…

—¡Si esos barrotes fuesen de madera! —exclamó Brigitte. El romano contuvo una exclamación.

Se acercó al ventanuco y alzó los brazos, pero no llegaba a los barrotes. Brigitte llevó hasta allí un cajón que parecía tapizado de excrementos de gallina y lo colocó debajo. Maurizio se subió a él, y alcanzó entonces los barrotes, que tocó.

—Sí, son de madera —susurró.

—¡Intenta cortarlos, o arrancarlos…! Yo vigilaré por si bajan.

Maurizio empezó a trabajar con la navaja en los barrotes, mientras Brigitte se acercaba al final de los escalones. La voz de Giovanni Maria Spercola llegó claramente hasta ella:

—… de contarlos. Es fácil hacerlo, en billetes de diez mil…

* * *

Renato Baracca encogió los hombros.

—Parece que están los cincuenta millones —dijo, conciliador.

—Insisto en que los cuente. No tenemos prisa.

Baracca continuó contando los fajos de billetes, cuyo ruido de sólido papel de calidad resultaba inconfundible.

Invirtió siete u ocho minutos en contarlos, en medio de un silencio completo.

—Cincuenta millones de dólares —resumió por fin—. Todo correcto.

—Muy bien —asintió Spercola—. Ahora vamos a aclararlo todo de nuevo de modo que no quepan dudas de ninguna clase. Usted es actualmente el único Capitán Regente de San Marino, su poder es grande… Y ese poder, Baracca, acaba de venderlo usted a Rusia por cincuenta millones de dólares. ¿Alguna duda?

—Ninguna —negó Baracca.

—Muy bien. Los cincuenta millones de dólares es un pago particular, a usted y a los jefes de los Cuatro Congresos, para que San Marino sea, en el plazo máximo de dos meses, un país comunista. Llegarán hombres que les dirán cómo deben gobernar, qué deben hacer en todo momento. Para cuando el resto de Europa o los habitantes de San Marino quieran darse cuenta su país será tan comunista como la misma Rusia. Pero no hace falta gritarlo a los cuatro vientos. Basta que lo sea, y que Rusia pueda contar con San Marino como con una especie de… colonia suya. A cambio de ello usted tiene cincuenta millones de dólares en sus manos, que puede repartir con los jefes de los Cuatro Congresos según le parezca. A nosotros no nos importa cómo lo haga, siempre y cuando ellos también queden satisfechos.

—Yo arreglaré eso —aseguró Baracca.

—Así lo esperamos. Llegarán a su país muchos hombres, Baracca: agentes nuestros que buscarán refugio, agitadores políticos, saboteadores… Nadie les preguntará nada. Ni preguntarán nada a los que formarán una escuela-residencia desde la cual irán partiendo muchos agentes nuestros que operarán en Europa teniendo como base San Marino. Entiéndalo bien: San Marino será una especie de escuela y refugio de agentes soviéticos de diversas actividades. Queremos Europa para Rusia.

—¿Y creen que lo conseguirán teniendo San Marino como base?

—Así es. Nadie hace mucho caso a San Marino, ni desconfía de la República. Y, sin embargo, San Marino va a ser como un cáncer en el centro de Europa. Dentro de muy pocos años, Baracca, se sorprenderá al comprobar el resultado de ese cáncer contra el capitalismo. No olvide que su trabajo consiste en educar la mente de las gentes de San Marino hacia el comunismo. Vendrán hombres que le orientarán. Aparentemente usted y el sistema político de San Marino seguirán la vieja línea de gobierno, pero los hombres que le visitarán le dirán lo que tiene que hacer en todo momento. Usted ha puesto San Marino a disposición de Rusia por cincuenta millones de dólares, eso lo dice todo. ¿Entendido?

—Lo tengo muy bien entendido, Spercola. Pero insisto en que San Marino es poca cosa para conseguir desde aquí lo que ustedes desean.

—Es posible. Pero tenga en cuenta que no será sólo San Marino.

—¿No? —Le miró vivamente Baracca.

—Por supuesto que no. Hay en Europa otros pequeños países en las mismas condiciones de… fácil absorción. Cada uno de ellos puede ser convertido en un reducto comunista, en una serie de cánceres como lo será pronto San Marino. Por ejemplo: Mónaco, Liechtenstein, Andorra, Luxemburgo… Ya hablaremos de esto dentro de unos años, Baracca.

—Está bien.

—Y ahora, lo del dinero. No usarán de él hasta que se lo cambiemos por moneda más manejable. Nos hemos molestado en recoger billetes de diez mil dólares para su fácil transporte y entregarlos a usted en efectivo como prueba de nuestra honradez en el trato. Ahora todo lo que tiene que hacer usted es ir a la ciudad, comunicar a sus amigos en este asunto que la cosa está hecha, y esperar instrucciones de Rusia.

—¿Cómo identificaré a sus amigos cuando me visiten?

—Porque ellos…

* * *

Brigitte retrocedió para regresar junto a Maurizio, pero tropezó y cayó al suelo. Desde allí oyó claramente la voz de Spercola:

—A ver qué hacen ésos, Likof.

Maurizio llegó junto a ella para ayudarla en el momento en que veía las piernas de Likof descendiendo… ¡Tenía que escapar de allí!

—¿Qué pasa aquí? —Apareció gruñendo Likof—. ¿Qué estáis haciendo?

Dirigió la luz en su busca, mientras Maurizio, astutamente, se apartaba de Brigitte, que se inclinó y cogió del suelo un mugriento palo. Likof prestaba toda su atención al agresivo Maurizio, y ése fue su error: cuando quiso volverse en busca de Brigitte para iluminarla Likof tuvo la sensación de que su cabeza se partía en mil pedazos…, y luego en dos mil, cuando el segundo estacazo le acertó también de lleno. Cayó a plomo, como un saco, y Brigitte se hizo enseguida cargo de la pistola provista de silenciador, mientras Maurizio saltaba hacia ella exclamando:

—¡Buenos golpes, Brigitte! ¡Vámonos enseguida de aquí!

—¿Están ya cortados los barrotes?

—Sí, sólo hay que darles un golpe. Dame la pistola…

—Yo la llevaré. Rómpelos con ese palo… ¡Deprisa!

Arriba continuaba oyéndose la voz de Spercola con claridad, puntualizando los detalles del vasto plan ruso sobre toda Europa.

Maurizio cogió a Brigitte por la cintura y la alzó hasta el ventanuco, y fue ella quien rompió fácilmente los barrotes golpeándolos con la pistola.

Luego, empujada por los pies por Maurizio, salió, encontrándose tendida en el suelo. Maurizio se le unió enseguida, encontrándose con la pistola en las narices.

—¡Ten cuidado con eso! —Respingó.

—Ve al coche y espérame, Maurizio. Hay cincuenta millones de dólares ahí dentro, y los quiero.

—¡No seas loca! ¡Ya es bastante que podamos escapar ahora! Vamos a buscar a tus amigos, y así podréis pelear en igualdad de…

—Haz lo que te he dicho —le interrumpió secamente ella.

—Está bien… ¡Tú eres la espía!

Maurizio corrió hacia el Alfa Romeo, único en el cual tenían realmente probabilidades de escapar.

Mientras, Brigitte se dirigía hacia la puerta tras la cual estaban los conspiradores y espías. Probó si cedía hacia dentro, empujó decidida, y entró pistola en mano.

—Una limosna, por caridad —dijo con hipócrita voz plañidera— … ¡Bastarán cincuenta millones de dólares!

10. DIOS TENGA PIEDAD DE TU ALMA / DE NUEVO FANTASMA / ¡ARRIVEDERCI, ROMA!

Los cuatro hombres se volvieron hacia la puerta lanzando exclamaciones de asombro y furia, y Karavitch, no conformándose con eso, metió la mano derecha bajo su sobaco izquierdo…

Plop, disparó Brigitte una sola vez.

Pero fue suficiente. Karavitch recibió el balazo en pleno corazón. Saltó hacia atrás sin haber conseguido siquiera desenfundar su pistola, dando un giro rápido que le llevó a dar de bruces contra la pared. Rebotó y cayó de espalda, quedando tendido con los brazos y las piernas abiertas. También sus ojos quedaron abiertos, expresando estupor.

Spercola, Baracca y el gigantesco Pietro optaron por la más absoluta inmovilidad. Brigitte acabó de entrar en el almacén.

—Por favor, señores —señaló con la pistola—: colóquense allí.

Los tres la obedecieron mientras ella, ya junto a la mesa, abría la cartera y miraba rápidamente su contenido. Sonrió al verlo.

—¿Saben? —Dijo amablemente—: El Servicio Secreto norteamericano les agradece profundamente este donativo. Gracias, muchas gracias.

—No conseguirás escapar —gruñó Spercola.

—Ya verás como sí, querido, utilizando tu veloz y lindo coche. Y ahora se quedarán quietecitos aquí, porque si alguien sale por esta puerta antes de dos minutos…, ¡plop, muertos!, como su amigo.

—Lamentarás esto, Brigitte —amenazó Spercola.

—No seas tonto, amor: TÚ vas a lamentarlo. ¿No te preguntas por qué te dejo con vida? Yo te lo voy a decir: dentro de pocos días mis compañeros de Europa te atraparán, y entonces, amado Giovanni, les contarás todo a mis amigos. Será interesante llevarte a

Estados Unidos y redactar el más asombroso expediente de las aspiraciones rusas en Europa…

—¿Tus amigos me encontrarán en Rusia? —ironizó Spercola.

—Amor: ¡qué tonto eres! Los dos sabemos muy bien que no piensas volver a Rusia. ¿Qué les dirías a tus jefes de la M. V. D.? ¿Que una jovencita americana te ha vencido, que se ha llevado los cincuenta millones de dólares, que conoce todos los planes sobre San Marino, Mónaco, Andorra…? Oh, eso sí sería demostrar que tienes mucho valor, Giovanni, pero… ¡Dios tenga piedad de tu alma si lo haces!

Giovanni Maria Spercola estaba pálido como un cadáver.

—Brigitte, espera —jadeó—… Podemos hacer un trato tú y yo…

—Lo siento, amor: NO. Quiero que lo entiendas, que comprendas que hay cosas en las que no puedo aceptar componendas. Ya sé que tú luchas por las conveniencias de tu patria y que éstas no deben de ser mejores ni peores que las de la mía. Es posible, incluso, que Estados Unidos esté instalando en Europa puntos base de propaganda americana y antisoviética. En mi opinión, las dos están haciendo algo a lo que no tienen derecho, y si por mí fuese y pudiese desbarataría también esos planes de Estados Unidos, pues respaldan ingerencias y propagandas pensadas exclusivamente para beneficio americano. Pero no tengo noticias concretas y creíbles de nada de eso por parte de mi patria, y sí por parte de la tuya. En cualquier caso, amor, estamos en bandos diferentes, y, simplemente, yo he ganado.

—Por lo que más quieras…, ¡escúchame! ¡Te lo suplico!

—¿Por qué no aceptas la derrota con dignidad? No vas a enternecerme, te lo aseguro. Simplemente, arréglatelas como puedas…, amor.

Brigitte retrocedió hacia la puerta, salió, y cuando todavía estaba cerrándola oyó un rumor detrás de ella. Saltó hacia un lado justo en el momento en que se oía un potente estampido algo alejado de la casa, y Likof caía a plomo sobre ella, soltando el mismo palo con el que Brigitte le había golpeado poco antes en el gallinero.

Sin detenerse a pensar en lo que estaba sucediendo, Brigitte corrió hacia la esquina del caserón, mientras la puerta se abría y Spercola, Baracca y Pietro salían a toda prisa, los dos primeros con

su pistola, y Pietro con su navaja. Desde el mismo sitio que antes, dispararon de nuevo, y mientras doblaba la esquina Brigitte vio a Pietro cayendo de rodillas, con ambas manos crispadas en el pecho. Dobló la esquina pegada a ella, respirando agitadamente. Ahora comprendía que la estaba ayudando alguien que había matado a Likof y acababa de matar a Pietro…

Habían apagado la luz del almacén, de modo que sólo las estrellas iluminaban ahora el lugar. Oyó un ruido por delante de la casa y corrió hacia allí. Vio a Baracca corriendo hacia su coche, pero optó por no dispararle: prefería que lo cazasen vivo sus compañeros, para obligarle a hacer unas declaraciones que alertarían a toda Europa… Pero Baracca se detuvo en seco unos pocos metros antes de llegar a su coche, como si el estampido de aquella pistola emboscada hubiera significado un muro colocado ante él. Parecía que fuese a quedar de pie, dio dos pasos lentos e inciertos…, y se desplomó de bruces.

Brigitte oyó detrás de ella el crujido de unas piedras, y se volvió velozmente, preparada la pistola.

Spercola estaba detrás de ella, pegado a la esquina de la casa, y apuntaba con su pistola a la espía americana. Plop, disparó el ruso.

Pero Brigitte se había dejado caer de rodillas, y entre esto y la precipitación de Spercola al comprender que ella le había visto, la bala pasó por encima de Brigitte. En cambio, la que disparó Brigitte alcanzó a Spercola, es decir, a Ivan Molkova, en la garganta, y el impacto fue tan duro que le hizo golpear de cabeza contra la pared, donde rebotó con escalofriante sonido, para separarse de la pared como empujado bruscamente por ésta; dio dos pasos girando en redondo, cayó de rodillas, luego de cara…

Brigitte suspiró profundamente, poniéndose en pie. Fue hacia el ruso y lo volvió cara al cielo.

No era un espectáculo agradable aquella herida, pero aún habría resaltado más horripilante a plena luz…

—Te concedí la oportunidad de vivir unos días más —murmuró la espía americana—, pero tú tomaste tu propia decisión… Buen viaje al infierno.

—¿Está muerto? —Sonó la voz detrás de Brigitte.

—¡Fantasma! —Exclamó ella volviéndose, reconociendo la voz —. ¿Tú me has ayudado?

—He tenido ese honor. ¿Está todo arreglado?

—No lo sé… Veamos si los otros están muertos también.

Ella fue hacia Baracca, mientras Pearson examinaba a Pietro y Likof. Todos estaban muertos. Pearson les quitó todo lo que llevaban, mientras Brigitte se dirigía hacia el Alfa Romeo, junto al cual estaba Maurizio, indeciso.

—*Ritornamos a Roma, Maurizio?* (*¿Regresamos a Roma, Maurizio?*) —preguntó Brigitte.

—*Va bene.* —Maurizio se sentó al volante y, de pronto, se quedó mirando a Brigitte, todavía de pie junto al coche—. *Ma… da cuanto tempo parla italiano, Brigitte?* (*Muy bien… Pero… ¿desde cuándo hablas italiano, Brigitte?*)

Brigitte sonreía irónicamente, pistola en mano.

—*Non lo poso ancora precisare, Maurizio*. (*No puedo decirlo exactamente, Maurizio*).

—*Mi ha dato una sorpresa molto gradevole*. (*Me has dado una sorpresa muy agradable*).

—*Mi piace molto. Ma capisca, Maurizio: si parla italiano*. (*Lo celebro mucho. Pero reflexiona, Maurizio: hablo italiano*).

La expresión de Maurizio había ido cambiando lentamente. Al oír la última frase de Brigitte, llena de intención, el bello romano ya tenía la navaja en la mano, y la hoja apareció, reluciendo a la luz de las estrellas. Brigitte sólo tuvo que retroceder un paso y apretar el gatillo.

La bala se clavó en el estómago de Maurizio, y éste saltó del coche cayendo de rodillas al suelo.

Brigitte saltó hacia atrás mientras el romano tendía la mano armada hacia ella, mascullando entre toses:

—*Ma… maledetta…!* (*¡Mal… maldita…!*)

Rígido el rostro, Brigitte volvió a disparar, y otra bala se clavó en el cuerpo de Maurizio, que cayó de lado, soltando la navaja. Quedó inmóvil, desorbitados los ojos, sudorosa la frente… Se arrodilló junto a él la bella espía internacional, y dijo como despedida:

—Debisteis aseguraros de que no hablaba italiano, Maurizio…

La cabeza de Maurizio colgó flojamente hasta entrar en contacto definitivo con la tierra. John Pearson llegó allá con paso apresurado, lista su pistola, y señaló a Maurizio.

—¿Y esto? —inquirió.

—Otro que quiso engañarme —musitó la muchacha—... Es uno de ellos. Spercola lo puso a mi lado para que estuviese vigilada en todo momento. Todo estaba preparado para traerme aquí. Luego este guapo romano me habría ayudado a escapar, y yo, como una tonta, le habría llevado a ver a mis compañeros de Roma después de enterarme de dónde encontrarlos.

—Pero él no intervino en la pelea cuando disparamos contra los suyos... ¿No estarás equivocada?

—¿Cómo podía intervenir, si sólo tenía una navaja? Se habría delatado. Si ganaban ellos, todo acabado.

Si ganaba yo, estando armada, le convenía seguir fingiéndose amigo mío. Esperaba que, por lo menos, le descubriría a mis compañeros, para matarlos más adelante..., después de matarme a mí, naturalmente.

—Bien... Si estás segura de eso...

—Completamente segura. Cuando Spercola le pegó por «intentar defenderme», le gritó algo que parecían insultos, pero en realidad le dijo, en italiano: *Escapa con ella y que te lleve a donde están sus compañeros en Roma. Ya nos veremos*.

—¿Cómo cometieron semejante estupidez?

—Porque estaban convencidos de que yo no hablaba italiano... ¡Y no se iban a hablar en ruso, querido!

—Eres una diablesa —gruñó Pearson—. ¿Puedes explicarme todo el asunto?

—Dominio comunista en pequeños estados como San Marino, Andorra, Mónaco, Liechtenstein, Luxemburgo...

—¡Demonios...! —Respingó el británico—. Y empezaron por San Marino, ¿eh?

—Así es. Y un traidor a su patria, llamado Renato Baracca, ya ha pagado un alto precio por su cochinada.

—Bien... Éste será un informe interesante para el M. I. 5... Nunca más pensaré que eres tonta, Brigitte. ¿Qué llevas en esa cartera?

—Documentos.

—¿Qué clase de documentos? ¿Puedo verlos?

—¿Cómo no? —Sonrió Brigitte—. Pero primero vayámonos de aquí. Espera un momento...

Fue hacia el coche de Renato Baracca, vio las llaves de contacto, y las quitó, escondiéndolas en su lindo escote, mientras Pearson quitaba el cadáver de Maurizio de junto al Alfa Romeo.

—¿Cómo has llegado aquí? —preguntó Brigitte, al volver junto a Pearson.

—Os seguí en mi coche. Un Porsche.

—Oh… ¿De modo que eras tú? ¿Es que nunca podré verme libre de ti, Fantasma?

—Nunca —sonrió Pearson.

Brigitte se sentó ante el volante del Alfa Romeo, pero la cartera escapó de su mano izquierda y cayó al suelo, abriéndose.

Los fajos de billetes de diez mil dólares quedaron al descubierto. Pearson se arrodilló junto a ellos, cogió un par de fajos, y los miró estupefacto.

—Vaya… ¡Interesantes documentos!

Alzó la cabeza y se quedó mirando la pistola que Brigitte empuñaba, a menos de un palmo de sus narices.

—Por favor, querido —dijo melosamente ella—: mete esos billetes en la cartera. Los tiré a propósito, para poder apuntarte a placer.

—Pero no vas a disparar…

Brigitte sonrió, y Pearson soltó una maldición. Recogió los billetes, los metió en la cartera, y tendió ésta a la muchacha.

—Déjala en el suelo, por favor —indicó ella, siempre melosa y amable—. Luego retrocede unos cuantos pasos y tira tu pistola lejos de ti, hacia atrás, hacia las matas… ¿Lo has entendido?

—Ésta es una traición que yo no merezco, Brigitte.

—Así es, querido. Pero son cincuenta millones de dólares, compréndelo. Yo prefiero que vayan a parar al servicio secreto norteamericano, no al M. I. 5 británico… Te haces cargo, ¿no es cierto?

—Miserable traidora…

Pero John Pearson obedeció todas las indicaciones de Brigitte. La muchacha tiró la cartera dentro del coche, cerró la portezuela, y se despidió con la mano. Inmediatamente el Alfa Romeo partió a toda velocidad, alejándose de Locanda Pietro…

Poco después Brigitte detenía el coche junto al Porsche escondido. Se apeó y reventó tres neumáticos de otros tantos

balazos. Luego, sonriendo angelicalmente, emprendió regreso a Roma, mientras John Pearson desistía de utilizar el coche de Baracca, ya que las llaves no estaban allí. Corrió hacia el Porsche, y se deshizo en maldiciones cuando vio las ruedas pinchadas. Pero se calmó pronto y caminó hacia el Siata 750.

¿Por qué negarlo? Brigitte era muy considerada: le dejaba un Siata 750 para perseguir a un Alfa Romeo…, que ya no tenía por qué mantener las distancias.

* * *

A las ocho y media de la mañana Brigitte entraba en su *suite* del hotel Tevere, después de haber pedido en conserjería el pasaje de avión para regresar a Nueva York aquella misma mañana. Luego se bañó placenteramente, se vistió, y ya recogidas todas sus cosas se dispuso a hacer las maletas. Fue al armario, abrió el primer cuerpo…, y estuvo a punto de lanzar un chillido cuando el cadáver cayó hacia ella.

Instintivamente se apartó, dejando que cayese al suelo, pero enseguida lamentó no haber impedido esto.

Se arrodilló junto al muerto y acarició dulcemente las rígidas facciones.

—No sabía que eras tú, compañero… Perdóname… ¿Sabes?: hemos terminado el trabajo… Sí, lo hemos hecho los dos: tú y yo. Young Jones y Brigitte Montfort… Dios sea piadoso contigo, Young.

Había un papel prendido en las ropas de Jones. Lo desprendió y miró con curiosidad el pequeño dibujo, como un monigote sin brazos ni piernas, pero con ojos. Era… ¡un fantasma! Un fantasma tal como lo dibujaría un niño. Un dibujo, empero, muy expresivo de un fantasma.

—Me gustaría saber cómo pudiste traérmelo hasta aquí, Fantasma —susurró Brigitte—. Sea como fuere, gracias por tu gentileza.

Fue muy poco después cuando llamaron a la puerta, y, al abrir, Brigitte se encontró ante un hombre alto y fuerte, de cabellos y ojos oscuros, que entró empujando una ligera carretilla en la que portaba una gran cesta de mimbre con la palabra LAVANDERÍA inscrita en ambos lados. Brigitte cerró la puerta y murmuró:

—Está en el dormitorio, Simón.

Había comprendido enseguida, y por cierto que el hombre no la desmintió.

Entró al dormitorio y se arrodilló junto al cadáver. Desde la puerta del dormitorio Brigitte estudiaba las reacciones de aquel hombre que ciertamente no era un empleado de la lavandería del hotel, pese al uniforme y el carrito.

Le vio pasar la mano por la frente de Jones, ordenándole los cabellos.

Luego, con exquisito cuidado, lo colocó en la cesta. Cerró la tapa, colocó la cesta en la carretilla, y se dirigió hacia la puerta. Brigitte la abrió, y cuando el hombre pasaba por su lado murmuró:

—Simón.

—¿Qué hay? —gruñó el hombre.

—Puede que el próximo seamos usted o yo… Si me tocase a mí, me gustaría llevarme un triunfo, como ha hecho Young… Y me gustaría que quien me recogiese fuese como usted.

—Palabras —dijo roncamente Simón—… Sólo palabras, muñeca. Lo cierto es que él está muerto.

Simón se marchó, pero Brigitte no estuvo mucho tiempo sola. Al mismo tiempo que los empleados del hotel que venían a por su equipaje apareció John Pearson, al que Brigitte recibió amablemente.

—¿Cómo fue el viaje de regreso? —se interesó.

—Movidito…, pero pudo haber sido peor. ¿Y el dinero?

—En esa sombrerera —señaló Brigitte.

—No digas tonterías —refunfuñó Pearson.

Mientras los empleados del hotel reunían en la puerta todo el equipaje Brigitte abrió la sombrerera por un lado, permitiendo así a Pearson ver los fajos de billetes que había en su interior.

—¿Por qué había de engañarte? —Sonrió—. Llévense también esta sombrerera, por favor.

—*Bene, signorina*.

Uno de los empleados se hizo cargo de la sombrerera, mientras Pearson se mordía los labios y Brigitte lo miraba irónicamente…

Segundos después todo el equipaje era llevado abajo, al vestíbulo del hotel. Brigitte tendió la mano a Pearson.

—Adiós, John. Quizá volvamos a vernos.

—Apuesta a que sí —gruñó el británico—. Y yo creía que entre nosotros había más… intimidad y cariño de lo que expresa un apretón de manos, Brigitte.

Ésta sonrió suavemente, se alzó sobre las puntas de los pies, y besó brevemente en los labios a su colega, ignorando que formaría parte de su futuro profesional muchas, muchas veces…

—*Ciao, mío caro Fantasma. Arrivederci…*

ÉSTE ES EL FINAL

Mientras los empleados del aeropuerto llevaban los equipajes al avión Brigitte desayunó en el bar del vestíbulo, y, cuando los altavoces anunciaron su vuelo, cogió la gran caja de bombones que había dejado sobre el mostrador, pagó, y se dirigió con su electrizante paso vivo hacia la pista, llevándose tras ella silbidos y miradas de ojos desorbitados por la admiración. Cinco minutos más tarde Brigitte ya estaba instalada en su avión, que pronto comenzó a deslizarse por la pista…

Entonces, desde su ventanilla, Brigitte vio a uno de los empleados del aeropuerto, que estaba inusualmente cerca del avión, haciéndole señas y diciéndole algo que, por supuesto, ella no podía oír, debido al tronar del despegue. El hombre se quitó la gorra… y un gran bigotazo negro, y sacó la mano izquierda de atrás, mostrando en ella la sombrerera, riendo a más y mejor.

Brigitte le sonrió, agitando la mano mientras susurraba:

—Adiós de nuevo, Fantasma… Te regalo la sombrerera.

Todavía, mientras el avión se elevaba, pudo ver al disfrazado John Pearson sacando recortes de periódico de la sombrerera y tirándolos furiosamente al suelo, mientras agitaba un puño en dirección al avión.

Brigitte no pudo contener la carcajada. Y el hombre que viajaba a su lado, animado por la evidente simpatía de la muchacha, entabló conversación, por probar…

—Parece usted muy contenta, señorita.

—Lo estoy, en efecto, señor…

—Cameron Mc Travis. ¿Va usted a Nueva York?

—Si el piloto no decide lo contrario sí —rió la divina.

Mc Travis sonrió, embelesado. ¡Qué criatura tan simpática!

—Lleva una hermosa caja de bombones, señorita…

—Brigitte. Llámeme Brigitte, señor Mc Travis. ¿Los bombones?

Oh, sí… Es un regalo para tío Charlie. ¡Es tan goloso!

—Bueno, tenemos algunas horas de vuelo por delante… ¿Quiere que le ponga la caja en la red?

—No, no… Jamás me perdonaría si esta caja se perdiese. Ya sé que no va a creerlo, pero esta caja de bombones vale cincuenta millones de dólares.

Mc Travis se echó a reír, prometiéndose un viaje felicísimo. ¡Qué chiquilla más graciosa! ¿Pues no decía que aquella caja de bombones valía cincuenta millones de dólares? Claro que era una caja muy grande, pero aun así…

Vaya: que cincuenta millones de dólares en bombones son demasiados bombones.

FIN



LOU CARRIGAN (1934, Barcelona, España), es el seudónimo de Antonio Vera Ramírez. Es un prolífico escritor de novelas, tanto de aventuras como del oeste, ciencia ficción o terror. Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle.